

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

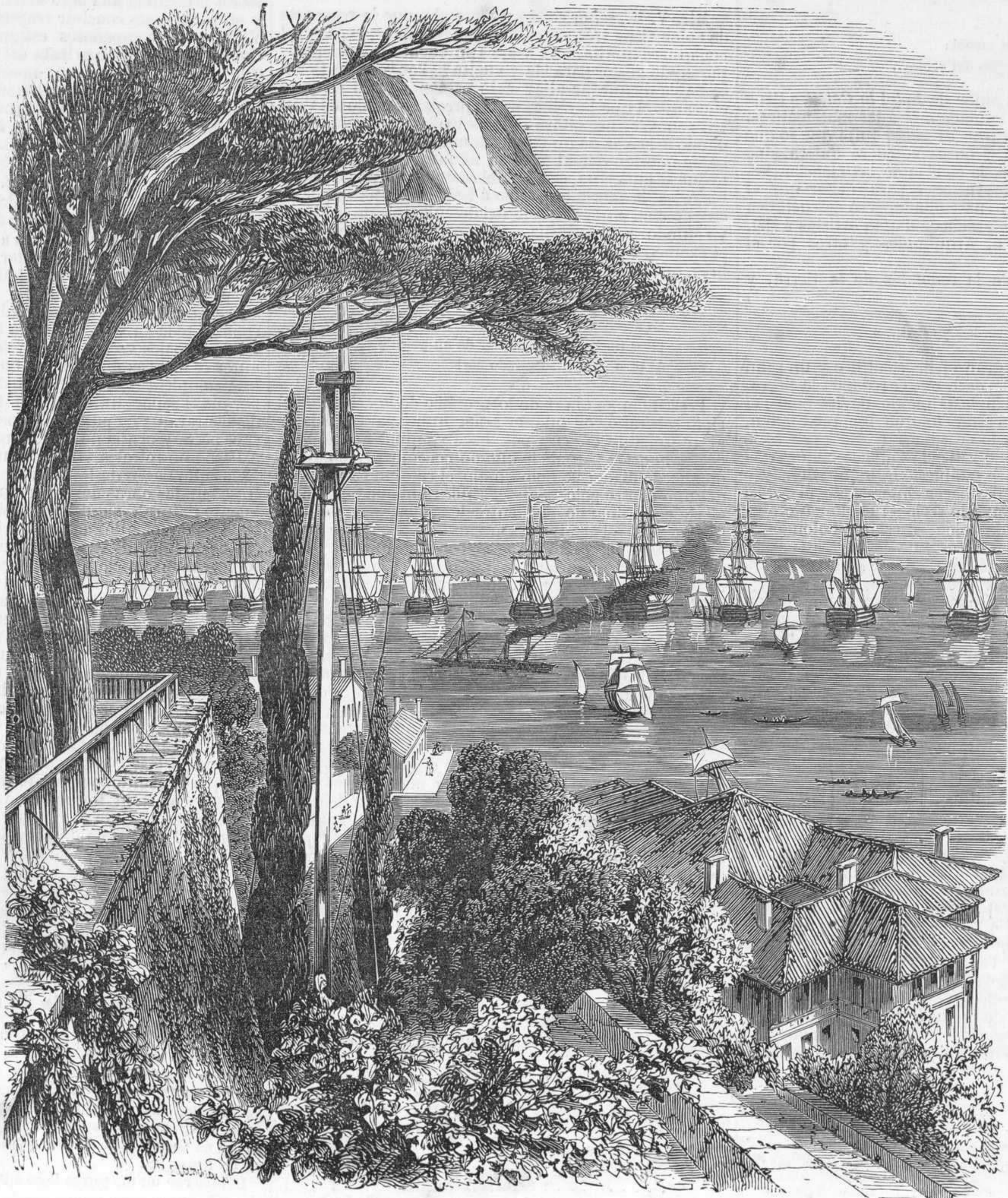
AÑO 12. — N° 33.

SUMARIO.

La flota otomana; grabado. — Poetas españoles contemporáneos; D. Tomás Rodríguez Rubí. — Historia de la semana. — Pritaneo imperial militar de la Flèche; grabados. — (Argelia) Expedición de los Babors, é investidura de los jefes sometidos en la campaña; grabados. — La desvergüenza. — La vuelta de Juan Perez. — El álbum de la Moldo-Valaquia; grabados. — Literatura dramática. — Wals. — La hija de Rapaccini. — Sobre el Simplon. — El puentecito del Hôtel-Dieu (un hospital) en Paris; grabado.

LA FLOTA OTOMANA.

M. Blanchard, artista célebre por el mérito de sus obras, entre las cuales llaman la atención sus *Viajes á Constantinopla*, que tanto han dado á conocer los monumentos, trajes y costumbres del Oriente, acaba de hacer un precioso cuadro, cuyo grabado nos apresuramos á publicar. Representa este la vista de Terapia, residencia durante el verano de la embajada francesa en Constantinopla, que ocupa una casa notable por su construcción. Esta es de piedra hasta el piso principal, y de ma-



La flota otomana en las aguas de Buyuk-Déré. — Vista tomada desde el terrado de la embajada francesa en Terapia.

dera el resto: tiene un gran jardín, en anfiteatro, que termina en un terrado plantado de pinos de Italia. Este jardín, como casi todos los de las orillas del Bósforo, tiene grandes y abundantes árboles, que protegen á la casa contra los rayos abrasadores del sol.

Terapia está situada á la entrada de la bahía de Buyuk-Déré, en una elevacion que permite ver, desde la casa de la embajada francesa, toda la bahía, la costa de Buyuk-Déré y la costa opuesta del Asia. Percíbense en aquel horizonte el cabo de Kara Burnu y el mar Negro. Sobre la costa asiática se encuentra el pabellon de jardín, bellísima construcción en mármol que el bajá de Egipto ha mandado hacer para el Sultan, cerca de la plaza donde se eleva el monumento de piedra, destinado á conmemorar el tratado de 1838, firmado entre la Puerta y la Rusia. El mar baña el pié del palacio, y por efecto de las corrientes del mar Negro, los navíos se ven obligados á pasar cerca de las embajadas de Inglaterra y Francia; de modo que las banderas de las dos naciones parecen proteger en este momento á la flota turca, que está á poca distancia de ellas. Felicitamos á M. Blanchard por su obra, que esperamos será del agrado de nuestros lectores.

P.

Poetas españoles contemporáneos.

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ

Artículo cuarto.

(Concluye la carta al conde de San Luis sobre el drama *Isabel la Católica*, de D. Tomás Rodríguez Rubí.)

Tal vez consiste el mérito de este drama en la parte geográfica, que es lo que vamos á examinar, aunque muy ligeramente.

Oigamos á Colon en la famosa escena séptima del cuarto cuadro :

Dicen que esto solo encierra
El globo, y dan bien contados
Trescientos sesenta grados
Al ámbito de la tierra.

Nosotros preguntamos, ¿quién es ese majo que da y sobre todo que da bien contados los trescientos sesenta grados al ámbito de la tierra? ¿No sabe el señor Rubí que eso de dividir la circunferencia del círculo en 360° es convencional, como podría serlo el haberla dividido en cuatrocientos ó mil? Ahora bien, ¿qué idea tiene el señor Rubí de los grados de una circunferencia, cuando para hacer aplicación al ámbito de la tierra necesita contarlos? ¿Por ventura, el mayor ó el menor diámetro de un círculo, hace que varíe el número, aunque convencional, de los grados en que se considera dividida su circunferencia? ¿La teoría de un círculo no es igual para todos los círculos, como la de un triángulo equilátero para todos los triángulos equiláteros? Creemos con sobrado fundamento que el señor Rubí no tiene una idea muy clara de lo que son grados en el lenguaje de la ciencia, porque á tenerla, hubiera dicho que la tierra se consideraba dividida en trescientos sesenta grados, y no habría cometido la doble pifia de darlos, y de tener que contarlos. Prosigue Colon :

Pero resulta medida
Segun las leyes del arte.....

Hasta ahora, solo el autor de *Isabel la Católica* tiene el privilegio de haber llamado arte á las matemáticas. Nosotros podemos asegurar al señor Rubí que lo que él llama arte, es ciencia, y no así como se quiera, sino que es la ciencia madre, la ciencia de las ciencias. Debemos hacer estas observaciones para evitar que el señor Rubí ó alguno de sus imitadores se descuelguen un día con la desatenta gracia de llamar artistas á MM. Arago, Newton, Galileo, Arquímedes y otros por el estilo.

Habla luego Colon de la redondez de la tierra, y dice :

« Porque es verdad y cabal... »

en cuyo verso hay un gran error científico y un gran ripio : el error consiste en decir que es redonda la tierra, y si Colon ignoraba el aplastamiento de los polos, el señor Rubí ha debido ocultar lo que ignoraba Colon, como tiene buen cuidado de no decir que á este se le pusieron grillos reinando Isabel la Católica, y que en el reinado de esta señora se estableció la Inquisición. Esto es natural, tratando de hacer interesante el papel de la reina Católica, como lo sería el ocultar ó omitir los deslices científicos de Colon, si es que Colon pudo cometer los deslices científicos que le cuelga el señor Rubí, lo que se nos figura imposible. A bien que, para enmendar estas faltas, el autor del drama atribuye á Colon el descubrimiento de las leyes que rigen á nuestro planeta, haciéndole decir cosas que ignoraron los hombres hasta que Copérnico, algo posterior á Colon y Galileo, bastante posterior á Copérnico, tuvieron la bondad de indicárselas y determinarlas. Continuando ahora en el exámen de la redondilla que nos iba ocupando, vemos que el señor Rubí dice que la tierra es cabal. ¿Qué habrá querido decir el señor Rubí? ¿Quiere decir que la tierra es cabal, porque es redonda? Nosotros creemos que la tierra sería cabal, aunque fuese de forma piramidal ó cilíndrica; porque si el todo es el conjunto de partes, ó en otros términos, si el conjunto de partes equivale al todo, la tierra debe ser cabal, cualquiera que sea su figura, puesto que no la falta nada, ninguna de las partes que constituyen el todo ó conjunto. ¿Lo dirá el señor Rubí por el tamaño? Esto se parecería á lo que hizo cierto empleado de la Aduana de Madrid, que para despachar á un sujeto que quería sacar dos fardos grandes y uno pequeño, lo que equivalía á tres fardos ó bultos, escribió : « Permítase la salida, á D. Fulano de Tal, con dos bultos y medio. » Tan difícil sería averiguar lo que el tal empleado entendía por bultos y medios bultos, como el señor Rubí ha querido expresar al decir que la tierra es cabal. Esto no puede pasar sino como ripio, pero ripio grande, soberano, imenso, principio y fin *non plus ultra* de todos los rípios. Pero allá va eso :

« Porque es redonda y cabal
; Seguro!... si no lo fuera,
Turbaria de la esfera
El concierto universal. »

De modo que, segun la teoría del señor Rubí, para

que el concierto universal no se interrumpa, es preciso que todos los astros sean holas de billar. lo que no podía caber en la cabeza de Colon, á quien todavía se hace decir :

Pues bien ; siendo así, veamos
Si de hallar la tierra hay trazas...

¿Qué tierra? preguntamos nosotros, y lo decimos, porque si Colon hubiera dicho que se proponía encontrar la tierra en vez de decir que se proponía encontrar una parte de la tierra, hubiera sido lo mismo que decir que había habitado muchos años el globo sin encontrar el globo en que habitaba, lo que mas de loco le habria valido, y con razon, el epíteto de insensato.

No extrañamos que Isabel la Católica, despues de oír tales cosas, concluya diciendo, que no ha entendido una palabra : extrañamos solo que la buena señora que, como hemos dicho antes, viene á ser una segunda edición del D. Gerónimo en el *Médico á palos*, se llene de admiración oyendo lo que no entiende.

Tambien es digno de notarse, aunque esto no pertenece á la cuestion geográfica que vamos examinando, este trocito de diálogo :

REINA.

¿Cuánto necesitarás
En tu empresa por ahora?

COLON.

Un cuento, á lo mas, señora,
De maravedis.

REINA.

¿No mas?
;Calla!... ¿no mas? ; me consuelas!
Y... podrás ir?...

COLON.

Y volver.

Mire V. E., señor conde y vizconde, que la respuesta de Colon tiene tres pares de perendengues. ; Pues qué! cualquiera que hace un viaje ¿no cuenta con el presupuesto de gastos para ida y vuelta? ; Por ventura Colon se habia de quedar allá? Esto es tan chusco como es chocante el que la reina, para apreciar el genio del ilustre genovés, necesitara la recomendación de un lego, dando á la voz de un supuesto amor el crédito que no habia querido dar al voto de algunos inteligentes, en lo que se amengua, con notable detrimento de la verdad histórica, la gloria que cupo á Isabel la Católica por su cooperación en la empresa del descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero terminaremos, para no ser molestos, el exámen de la parte geográfica, copiando estas palabras, que dice el señor Rubí por boca de Colon :

; Oh, Dios!... tú entonces comprendiste solo
Mi arrebatada, férvida alegría!
; Por fin llegó de caminar de un polo
Al otro polo el suspirado día!

Prescindamos ahora de lo prosáico de la octava y del ripio soberano con que el señor Rubí, para satisfacer al consonante en *olo*, nos hace caminar á Colon sin *baldo* ni *dolo*; pero de lo que no podemos prescindir es de que se diga que Colon halló el camino para viajar del uno al otro polo. ¿Sabe el señor Rubí que Colon hizo el viaje caminando por entre los polos, y no del uno al otro polo? Para ir de Zaragoza á Jaca, ó *vice versa*, hay alguna necesidad de pasar por los cabos de Creus ó Finisterre? El camino de hierro que se está haciendo de Madrid á Aranjuez ¿podrá servir para trasladarse de Carabanchel á Alcobendas? Esto, señor conde y vizconde, es lamentable, como V. E. puede comprender, y mas lamentable aun, que todo ello haya sido, no dirémos aplaudido, sino tolerado en la lectura de palacio donde habia un ministro de la Gobernación y otro de Estado, que deben saber matemáticas, puesto que deben saber geografía, un ministro de Gracia y Justicia que, como hombre de carrera, debe tambien saber matemáticas, base de todos los conocimientos humanos; un ministro de la Guerra que, segun dicen, ha sido militar, y que por lo tanto debe saber matemáticas tambien; un presidente del Consejo, que tambien debe saber matemáticas, porque es militar; un ministro de Marina, que necesita saber matemáticas, si ha de ser un mediano contramaestre; un ministro de Hacienda, que tambien debe saber matemáticas, como hombre de guarismos, y finalmente un ministro de Instrucción pública, que por hallarse al frente de la pública instrucción, debe saber mas que todos.

Sería el cuento de nunca acabar, señor conde y vizconde, si fuésemos á recorrer una por una todas las faltas que bajo todos conceptos se observan en el drama del señor Rubí. Podríamos estar escribiendo... muchos años, si nos detuviéramos á analizar muchos versos como estos :

..... Al Africa abrasada
Con los mios iré y mis penas graves;

muchos rasgos como este :

..... Segovia de rodillas
Ante la reina de las dos Castillas.

que, como V. E. conoce, raya en lo maravilloso, sobre todo si habia de arrodillarse tambien el acueducto que debia tener ya en tiempo de Isabel la Católica bastante duros los huesos y entorpecidas las articulaciones; ó en fin, si fuéramos á desmenuzar muchos contrasentidos, como los que se encierran en estos versos que ya hemos citado otra vez :

Y allí teneis y tienen las Españas
A la orilla del mar, para cogérlas,
En rocas de coral, bancos de perlas.

donde se da á entender que si la reina y las Españas tenían perlas, era con la obligación de cogérlas; de modo que no siendo para cogérlas, ni la reina ni las Españas podían contar con las susodichas perlas. Esto corre parejas con aquello de decir Colon que trae joyas de *valimiento*, en vez de decir, joyas de valor ó valia; pues sabe V. E. que la palabra *valimiento* expresa el valor moral mas bien que el interés seco de las cosas, como cuando se habla del *valimiento* de un personaje en la corte, que, seguramente, no se trata de las pesetas que vale el sugeto, sino del favor que disfruta.

En vista de este racimo de defectos que, con el título de *Isabel la Católica*, ha valido al señor Rubí tantas distinciones y premios, permítanos V. E., señor conde y vizconde, que le hagamos una pregunta: El drama que el señor Rubí leyó á la reina, á V. E. y á los demás ministros, ¿es el mismo que se ha representado en el Teatro Español? Otra pregunta : ¿No podría suceder que el señor Rubí hubiera escrito dos dramas con el mismo título, uno malo para darlo al público, que será el que criticamos, y otro bueno para leerlo en palacio, que será el que le ha valido la protección de V. E.? Indudablemente hemos dado en el *quid*. Si por cierto : el señor Rubí habrá escrito dos dramas, uno para leerlo en palacio y otro para presentarlo al Teatro Español, en cuyo caso comprendemos que V. E. y sus cólegas habrán tenido razon premiando una obra buena, así como V. E. y sus cólegas comprenderán que tambien tenemos razon nosotros criticando una obra mala. Por consiguiente, unos y otros debemos concluir respetándonos mutuamente : V. E. y sus compañeros estimarán nuestra censura, considerando que no se trata del drama leído en palacio, que tal vez es magnífico; nosotros daremos por bien empleados los premios tributados al señor Rubí, en atención á que dichos premios no han recaído en el drama representado en el Teatro Español, que es detestable. »

Los fragmentos que he citado de la carta dirigida al conde de San Luis pueden dar á mis lectores una idea aproximada no solo de la obra á que la carta se referia, sino de todas las obras del autor. En efecto, para juzgar al señor Rubí, basta leer cualquiera de sus dramas; en todos hay los mismos defectos de lenguaje, porque el señor Rubí es de aquellos hombres condenados á desconocer toda su vida la lengua en que escriben; en todos hay malos versos, por la sencilla razon de que el autor es incapaz de hacerlos mejores; en todos se nota una completa ignorancia en todos los ramos del saber; porque el señor Rubí no ha estudiado, y excusado es demostrar que en punto á ciencia, el que estudia poco sabe poco, y el que no estudia nada, todo lo ignora.

Pero aun miraría yo con alguna indulgencia los defectos que nacen de la falta de instrucción, si encontrase en las obras del señor Rubí alguna muestra de talento natural, siquiera una pizca de esa imaginación traviesa de los hijos de Andalucía. Hay obras en que la erudición suple al estilo, y hay autores en quienes el estilo suple á la inspiración. En las bellas letras como en todo lo que entra bajo el dominio del arte, en la mas elevada acepción de esta palabra, se necesita todo; es preciso que haya fondo y forma; de modo que un escritor de gran talento valdria poco, si no se recomendaba al mismo tiempo por el estilo, y un escritor de estilo.... pero yo no concibo el estilo sin el talento. Ahora bien, el señor Rubí no solo carece de inspiración, sino de instrucción. ¿Cómo, pues, este escritor ha sido aplaudido por el público, y rivalizado en fama con nuestros mejores poetas? No tengo tiempo para explicarlo, ni creo que el asunto lo merezca. Solo diré para concluir, que el señor Rubí tan mimado, tan aplaudido como poeta, es sin disputa el rimador mas prosáico y el escritor mas incorrecto de nuestro siglo.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

Un periódico belga, bien al corriente casi siempre de las anécdotas de esta sociedad de Paris, tan fecunda en casos imprevistos y en historias que rayan en lo imposible, nos trae hoy la relacion de una aventura, que sería un buen argumento de tragedia. Esta vez, aunque el teatro de los acontecimientos es Paris, se trata de españoles. He aquí los hechos, sobre los cuales no tenemos mas detalles que los que hallamos en el diario de Bruselas.

El invierno último parece llegó á Paris una señora extranjera, rica y hermosa, en su primer año de viuda, y sin hijo ninguno.

La historia de su casamiento y de su viudez puede reasumirse en dos palabras.

Esta señora, que llamaremos simplemente Adriana, había amado hacia unos diez años á un jóven compatriota á quien conoció en los baños de Dieppe; pero estos amores, que se mantuvieron siempre en las regiones mas elevadas de la teoría platónica, hubieron de cortarse por un matrimonio de interés que le impusiera á la jóven su familia á su vuelta de los baños. Desde entonces Adriana no volvió á oír hablar del objeto de su antiguo amor, mas que en los periódicos que de tiempo en tiempo señalaban sus progresos en la diplomacia.

Hace tres años, una de esas traslaciones á que están sujetos los que dependen de este ramo, llevaron el diplomático á la misma capital donde vivía Adriana. Cuando el jóven notó esta circunstancia, se propuso vivir aislado, sin presentarse en ninguna parte, ni aun en la corte mas que en las solemnidades y grandes ceremonias de palacio. Adriana, que no había podido borrar enteramente los recuerdos de aquella pasión tan bien correspondida, solo le vió una vez en la corte, y un solo momento, pues el jóven huyó de su presencia. Felizmente, al poco tiempo, el diplomático cambió de residencia, y la cosa no tuvo por entonces otro resultado.

Pero de repente todo cambió de aspecto. El año último el marido de Adriana, hombre amigo de aventuras, y como tal muy aficionado á los viajes, se unió con unos ingleses, que concibieron la idea de dar un paseo en el interior de Africa por Marruecos. Tres meses despues, de los once que salieron para esta excursion, solo cuatro se presentaron en Cádiz; los demás habían perecido á manos de las hordas salvajes, y entre los desgraciados se contaba el marido de Adriana.

La jóven supo esta desgracia en una casa de campo, donde su marido había querido que viviera mientras duraba su ausencia; y lloró la pérdida de su esposo, todo cuanto se podía llorar á un hombre á quien jamás había amado. En una palabra, al cabo de unos cuantos meses de luto rigoroso, Adriana vino á Paris con su madre, por el mes de diciembre del año pasado.

Poco á poco la hermosa viuda se fué introduciendo en las reuniones, adornada con esos prendidos que solo en Paris puede encontrar una mujer de gusto, en cualquiera condicion en que se halle. El color de lila, propio para las viudas de seis meses, le sentaba á las mil maravillas.

Como era de esperar, no tardó mucho en verse rodeada de admiradores, celosos de alcanzar sus buenas gracias, y entre ellos había un general, un pintor célebre y un título italiano. El objeto de la ambicion de estos personajes era en efecto digno de las pretensiones que inspiraba; Adriana era una mujer alta, bien hecha, blanca como una inglesa, con los ojos azules y los cabellos negros, particularidad que hacia mas interesante aun su belleza de primera línea. Su mano era preciosa, y por un capricho incomprendible, llevaba siempre en la muñeca un brazalete de hierro que había labrado en sus carnes una huella imperecedera. Esta joya grosera llamaba la atención como un misterio; diez años hacia que la llevaba, á contar desde el día en que vió por primera vez al jóven diplomático en los baños de Dieppe.

Tres meses despues de la entrada en el mundo de la viuda, el secretario de embajada dió su dimision á la reina, y se presentó en Paris, ó por mejor decir, se ocultó en una casa próxima á la habitacion de Adriana, en uno de los barrios mas aristocráticos de la capital, donde no nos atreveríamos á decir que le llevó el acaso. Sí, el jóven había amado á Adriana con un amor inextinguible, y la idea de que podía pertenecer á otro, despues de casada ya una vez, le hizo abandonar de repente su destino, para ir en busca de la mujer que era el único objeto de todas sus ambiciones en el mundo.

La venida é instalacion del compatriota de Adriana alejó poco á poco á los adoradores de esta, tanto mas, cuanto que á pocos días se esparció la noticia de que en breve debían casarse los dos amantes, lo que era verdad en efecto, pues dos semanas despues, la iglesia bendijo aquella union que debió inspirar tantos celos á los admiradores de la hermosa Adriana.

Pero si alguien pudo estar celoso de esta union que colmó de felicidad y de alegría á los recién casados, pronto debió calmar su triste pasión, pues al poco tiempo la dicha de ambos jóvenes tuvo un término desastroso. El primer marido de Adriana no había muerto en Africa! Se había escapado como por milagro de las garras africanas con dos ingleses, y la jóven leyó el relato de esta evasión en un periódico, una tarde en que cogió el papel para ver al fin de los anuncios la lista de las funciones de por la noche!

Renunciaremos á pintar el efecto que causó esta resurreccion, para llegar prontamente al desenlace. Una hora despues Adriana y su jóven esposo corrian por el camino de hierro hácia una aldea apartada de Paris algunas leguas, donde bajaron y alquilaron un cuarto. A eso de las cinco de la mañana, los habitantes de aquella miserable poblacion oyeron uno tras de otro dos pistolazos; cuando subieron á ver lo que era, descubrieron á los dos esposos bañados en sangre, apretando aun convulsivamente el arma fatal con que se habían tirado recíprocamente á quemar ropa! La muerte recibida de una mano amada, había tenido sin duda su encanto supremo para aquellos corazones tan dignos de admiracion como de lástima!

Ahora nuestros lectores esperarán que les digamos algunas palabras sobre el primer marido; ¡ay! en esto está lo mas horrible, lo mas desgarrador, lo mas espantoso de la historia. Este hombre había muerto, como se dijo en un principio; su evasión de entre los salvajes había sido un cuento de periódico. ¡Desgraciada Adriana!

Varias personas que amaban como lo merecían á los dos jóvenes, víctimas de esta suposicion monstruosa, quisieron averiguar quien fué la persona que forjó el relato del periódico, y se ha sabido que esa indigna fábula fué inventada por uno de los pretendientes de Adriana que, enfurecido de celos y de rabia con su nuevo casamiento, juró emponzoñar su felicidad, y lo logró, sin duda, de un modo mas completo que lo que se esperaba; preciso será convenir en esto. Ya saben nuestros lecto-

res la fúnebre historia con que hemos principiado la crónica de esta semana.

Ahora vamos á hablar un poco de literatura, y de literatura palpitante, pues se trata de esa eterna cuestion de Oriente, de la que no podemos desenredarnos en Europa. La contienda del Sultan con el coloso del Norte, objeto de todas las conversaciones, de todos los cálculos y de todos los temores en la actualidad, no podía ménos de suministrar tambien algunos buenos argumentos para la prensa. En efecto, llueven las publicaciones concernientes á la Rusia y á la Turquía, las historias de Constantinopla y de San Petersburgo, las apreciaciones sobre las fuerzas militares de ambos países, etc., etc., todo ello lleno de datos curiosos sobre los hombres y las cosas de esos pueblos que llevan, por decirlo así, una existencia ignorada.

El príncipe de Menschikoff ha metido bastante ruido en el mundo en estos últimos seis meses, para que dejara de llamar la atención de los publicistas. Este señor, que se presenta nada ménos que ante un Sultan con botas y espuelas y sombrero puesto, este personaje cuyas palabras y acciones se comentan y se juzgan como cosas de enorme trascendencia, ha sido puesto en evidencia con su vida y milagros, por todas esas plumas que andan á caza de las actualidades que pueden tener buen éxito. Despertar la curiosidad pública, he ahí el objeto de la mayor parte de los libros que se publican en estos tiempos de industria y de comercio.

M. L. Leduc ha sido uno de los adalides que se han lanzado á la arena, bien pertrechado de datos y de noticias, pues su larga residencia en Rusia como diplomático, le ha permitido hacer buenos estudios sobre ese Imperio, casi tan desconocido como la China.

El libro de M. Leduc se divide en tres partes, que tratan, del príncipe Menschikoff, de la iglesia greco-rusa, y por último de las relaciones internacionales de la Rusia.

Nosotros nos detendremos solo en la primera parte, esto es, en lo relativo al príncipe Menschikoff, personaje que queremos bosquejar á nuestros lectores con unos cuantos rasgos anecdóticos.

Ya creemos haber indicado anteriormente que este diplomático de sesenta años (la flor de la edad de un diplomático), rico como un ruso, poseedor de millares de almas en sus vastos dominios, se señalaba en la corte del Emperador tanto por sus talentos de hombre de Estado, como por sus chistes y agudezas. El czar se ha reído y ha celebrado mas de una vez sus felices dichos; por desgracia, sus víctimas no se han reído.

El Emperador tuvo, pues, en otro tiempo un ministro de la guerra llamado Alejandro Tschernicheff, que fué el blanco de los sarcasmos del malicioso diplomático, que llevaba su encarnizamiento sanguinario hasta el extremo de dirigir sus saetas á la mujer cuando el marido estaba ausente.

La princesa tenía la manía deplorable de hablar continuamente de las hazañas militares de su marido, citando siempre como ejemplo una ciudad de Alemania donde había entrado el primero en la campaña de 1814. Un día que esta buena señora daba rienda suelta á su entretenimiento favorito, queriendo aparentar que en su improvisacion se había olvidado del nombre de la famosa ciudad que había caído en manos del valiente, preguntó con aire cándido:

— ¡Dios mio! ¿cuál es la ciudad que tomó Alejandro?

— Babilonia, señora mía, respondió Menschikoff cogiendo al vuelo la pregunta.

El príncipe Kisseleff, administrador del patrimonio imperial, pasaba, con razon ó sin ella, por haber comprometido la existencia de muchas poblaciones, dependientes directamente de la corona. Era en el momento en que el príncipe Woronzoff, cansado del gobierno del Cáucaso, había pedido su retiro.

— Estoy en un apuro, dijo el Emperador; Woronzoff quiere retirarse, cuando la guerra toca á su término, cuando quedan ya tan pocas poblaciones que destruir... no sé ciertamente con quien reemplazarle.

— Sin embargo, respondió Menschikoff, V. M. tiene bien cerca de sí un hombre á propósito para el caso.

— ¿Y quién es ese?

— Kisseleff.

— ¿Kisseleff?

— El mismo. V. M. está diciendo que solo quedan por destruir algunas poblaciones... ¿Quién puede haber destruido mas que Kisseleff?

El Emperador se echó á reír, pero no envió á Kisseleff al Cáucaso.

Así nos cuenta M. Leduc, con estos y otros rasgos, la historia del príncipe de Menschikoff, y no seremos nosotros los que critiquemos esta forma, por trivial que pueda parecer á muchos. Por lo demás, bueno será decir tambien que el libro en cuestion contiene otras cosas mas serias, tanto en la parte que trata de la iglesia greco-rusa, como en las conclusiones de la obra, que entran de lleno en la cuestion pendiente.

Ahora vamos á citar de un folleto escrito por M. de Haxthausen de Berlin, que es simplemente un cuadro de las fuerzas militares de la Rusia, un par de anécdotas de las muchas que contiene, todas ellas basadas en el carácter distintivo del soldado ruso, que es, como todos sabemos, la obediencia pasiva. Dos granaderos están de centinela delante de una trinchera polaca:

— ¿Qué te parece, dice uno, tomaremos esa trinchera?

— No lo creo, es demasiado fuerte.

— ¿Y si nos la mandan tomar?

— ¡Oh! entonces la tomaremos.

Cuando estaba ardiendo el palacio de invierno, un sacerdote distingue á un soldado en un corredor presa de las llamas.

— Ven, le grita, ó perezces.

— No, responde el soldado, estoy de centinela.... pero dame tu bendicion.

¡El sacerdote bendice, y el soldado muere!

Con estas máquinas de guerra cuenta el Emperador para sus conquistas.

MARIANO URRABIETA.

Paris 7 de agosto de 1853.

Cantos populares de Suecia.

EL TESTAMENTO.

- ¿Dónde has estado tanto tiempo, hija mia?
- He estado en Bøenne, en casa de mi hermano. ¡Ay, cuánto padezco!
- ¿Qué te han dado de comer, hija mia?
- Anguila asada y pimienta, suegra mia. ¡Ay, cuánto padezco!
- ¿Qué has hecho con las espinas, hija mia?
- Se las he echado á los perros, suegra mia. ¡Ay, cuánto padezco.
- ¿Qué les ha sucedido á los perros, hija mia?
- Sus cuerpos han reventado, suegra mia. ¡Ay, cuánto padezco!
- ¿Qué deseas á tu padre, hija mia?
- Grano abundante y bueno en la granja, suegra mia. ¡Ay, cuánto padezco!
- ¿Qué deseas á tu hermano, hija mia?
- Un gran bajel flotante, suegra mia. ¡Ay, cuánto padezco!
- ¿Qué deseas á tu hermana, hija mia?
- Cofres y alhajas de oro, suegra mia. ¡Ay, cuánto padezco!

Pritaneo imperial militar de la Fleche.

Hacia fines del siglo XVI, los jesuitas expulsados de Francia, habían solicitado en vano el favor de las cortes europeas, hasta que Guillermo Fouquet de Varenne, natural de la Fleche, y gobernador de esta ciudad, interesó tan vivamente á Enrique IV, que logró no solo que volvieran á Francia, sino que establecieran el soberbio colegio de la Fleche.

Apenas presentó el proyecto Fouquet, se ocupó seriamente de él el citado monarca. La ciudad de la Fleche le pertenecía como un feudo de que podía disponer libremente, y poseía en ella el palacio de su abuela Francisca, duquesa de Alençon, que es el que destinó con su parque y jardines para el establecimiento del colegio.

Con este fin cedió por de pronto de sus economías cien mil pesos cuya aplicacion hizo él mismo. Mas tarde hizo donacion al colegio de muchas abadías, rentas de varios prioratos y otros privilegios.

Al fundar este colegio, se había propuesto Enrique IV, no solo la instruccion de los habitantes de la Fleche, sino un plan mucho mas vasto, el de establecer allí una universidad. Con los profesores jesuitas debían alternar ocho reales, cuatro de derecho y cuatro de medicina, atribuyendo al rector la presentacion de los profesores, que debía nombrar el rey. Igualmente debía nombrar S. M. ciento veinticuatro hijos de caballeros para que recibieran en él la manutencion y enseñanza gratuitamente.

Además de esto, se debían dotar cada año con la suma de cien pesos doce hijas de familias pobres con el fin de facilitarles un matrimonio mas ventajoso, de las cuales elegía el padre rector cuatro en la ciudad, nombrando la reina ocho escogidas en las cercanías.

En 1608, dió el rey á los jesuitas una nueva prueba de liberalidad, declarando en un documento que les envió, que habiendo dejado el embajador del rey de Escocia en Francia la suma de treinta mil francos para la fundacion de un seminario para católicos escoceses, era su voluntad que dicho seminario se estableciera en la Fleche, y fuera puesta dicha suma á disposicion del padre rector de este colegio.

Luis XIII hizo tambien donacion en 1619 á los jesuitas de la Fleche de 12,000 frs. para concluir el edificio, que á pesar de los 400,000 pesos y otras liberalidades de Enrique IV, carecia todavia de parte de las obras que debían formar su conjunto.

Mientras los jesuitas poseyeron el colegio, llamaban á él los mejores profesores de la compañía, dando así mucha fama á este establecimiento. A mediados del siglo XVII, se componía de ciento veinte jesuitas, y de mas de mil estudiantes, entre los cuales había americanos, indios, tártaros, rusos, y hasta chinos.

Extinguida la compañía en 1762, el gobierno se ocupó de reemplazarlos; el ayuntamiento de la Fleche nombró los regentes, y se escogieron personas instruidas, que mantuvieron la enseñanza como la tenían los jesuitas. Esto duró hasta 1774, en que el Estado formó el proyecto de establecer un seminario de nobles en este colegio, para que sus alumnos entraran despues en la Escuela militar de Paris, donde debían completar su educacion.

Abolida la escuela real militar de la Fleche, despues de algunos meses de existencia, fué confiada á la congregacion de la doctrina cristiana, bajo ciertas condiciones impuestas por el rey en 20 de mayo de 1776. Este establecimiento floreció hasta la revolucion, época en que vendidos sus bienes, los discípulos y los profesores tuvieron que abandonarlo.

Aquí concluiría la historia del colegio de la Fleche, si dos antiguos profesores, miembros de la doctrina cristiana, no hubieran formado el laudable proyecto de levantar sobre sus ruinas un nuevo establecimiento, digno de rivalizar con las escuelas centrales: MM. Mayer y Morin, secundados por la administracion municipal y central, tomaron el 17 floreal, año V de la República, posesion del colegio de la Fleche, y lo dirigieron por espacio de muchos años, aunque con poco éxito.

Pero nuevas vicisitudes aguardaban al establecimiento fundado por Enrique IV. El Pritaneo francés, creado por

decreto consular el año VIII, y dividido en cuatro colegios (Luis Grande, Versailles, San Germain y Fontainebleau), bajo la inspeccion del ministro de la Guerra, fué suprimido el año XIII, y reemplazado por el Pritáneo militar. Trasladado á San-Cyr por otro decreto del 8 de agosto de 1806, fué por último restablecido en la Fleche en 1808.

En 1814 se trató de establecer en este punto una escuela preparatoria para artillería; todo estaba preparado; iban á comprarse terrenos para levantar un polígono, cuando los acontecimientos políticos vinieron á paralizar el proyecto. Sin embargo, la escuela preparatoria subsistió hasta 1817, época en que las dos escuelas de San-Cyr y la Fleche se fundieron en esta última, por decretos de 30 de julio, 23 de setiembre de 1814, 6 de setiembre de 1815, y por fin, en uno de 1817.

Suprimida en 1830 esta escuela militar preparatoria, fué restablecida en abril de 1831, con el título de colegio militar, que ha conservado hasta la reorganizacion que acaba de darle el nombre de *Pritáneo imperial militar*.

Los estatutos casi siempre son los mismos; el Pritáneo se destina especialmente para la educacion de los hijos de oficiales muertos en campaña, que hayan servido ó sirvan en el ejército francés, á cuyo fin se reservan trescientas plazas gratuitas y ciento semi-gratuitas, concedidas preferentemente á los huérfanos de pa-

dre y madre. El establecimiento, sometido al régimen militar, puede recibir como colegiales jóvenes de edad de 14 años, pagando una pension anual de 850 frs., y llevando un ajuar de 500 frs. próximamente.

La enseñanza del Pritáneo comprende los cursos literarios y científicos necesarios para recibir el grado de bachiller en ciencias, y mas especialmente para presentarse á concurso para la admision en las escuelas imperiales, politécnica y especial militar; los estudiantes practican allí la gimnástica, la natacion, los ejercicios militares, y completan su educacion religiosa.

En los 250 años de existencia que lleva el colegio de

gusto un poco exagerado del siglo XVII, recuerda, tanto por el busto de mármol blanco que la corona, como por las H doradas que brillan en sus tableros, la memoria de Enrique IV (1), fundador del colegio, cuyo corazon, reducido á cenizas en tiempo de la Revolucion, se conserva en una de las capillas de la iglesia, grande y bello edificio del mismo gusto arquitectónico que la puerta de entrada.

G. F.

(1) Nuestros lectores saben que el nombre de Enrique comienza en Francia con H.



Fachada de los edificios, sobre el jardin.

la Fleche, ha producido sabios, poetas, ministros, generales, y hasta genios creadores; de la Fleche han salido Descartes, Gresset, Hedonville, Dupetit-Thouars, y otros personajes ilustres del Imperio y la Restauracion. En la Fleche inventó el padre Laborde su clavicordio eléctrico, y los dos hermanos Chappe concibieron la idea de hacer viajar el pensamiento, con la rapidez del relámpago, por medio de las líneas telegráficas.

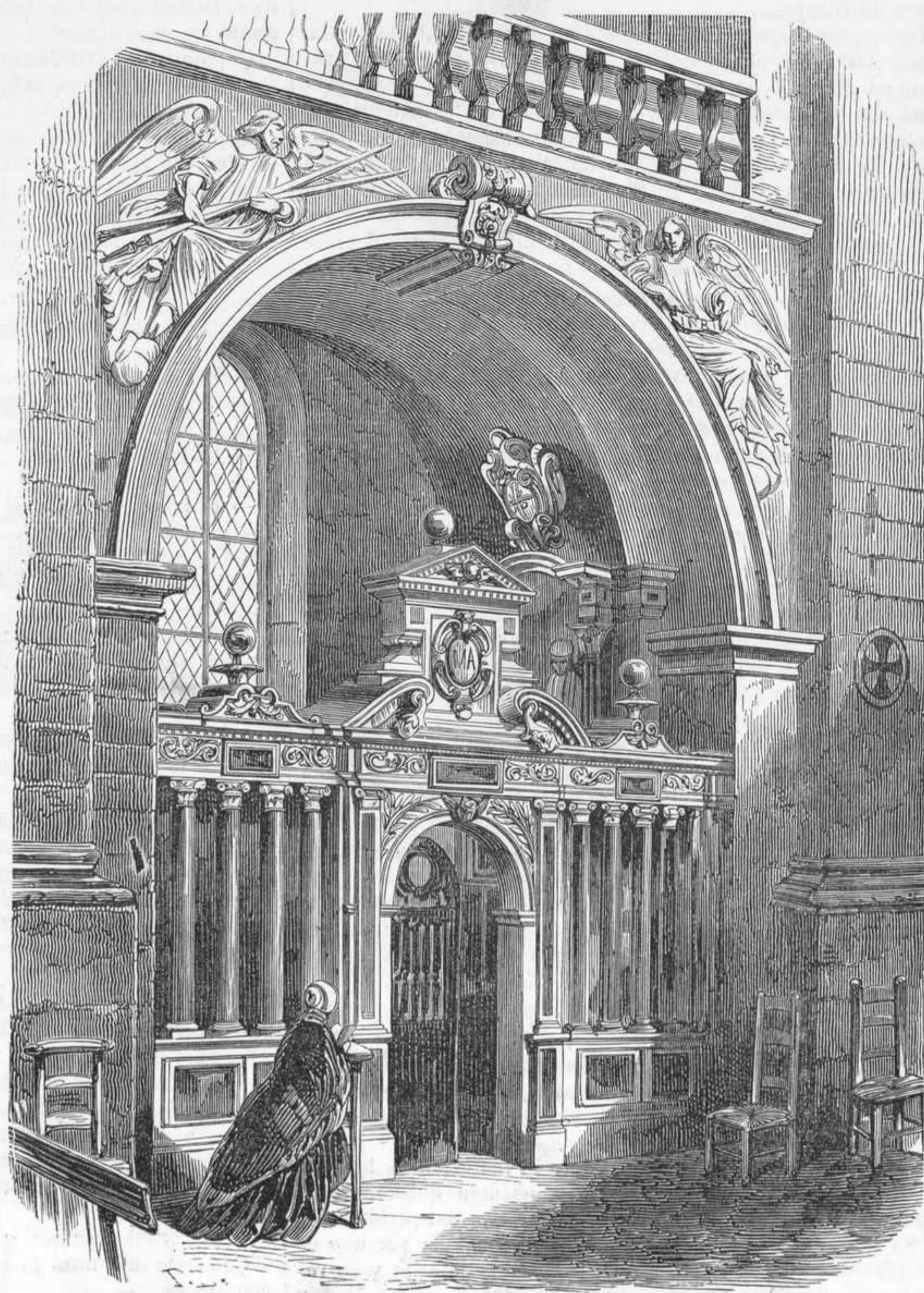
Las obras que componen el establecimiento de la Fleche, ejecutadas en diversas épocas, ofrecen curiosos y diferentes géneros de arquitectura.

La fachada del edificio que da á la entrada principal y al jardin, remonta solo hasta 1784.

La puerta de entrada, cargada de esculturas con el

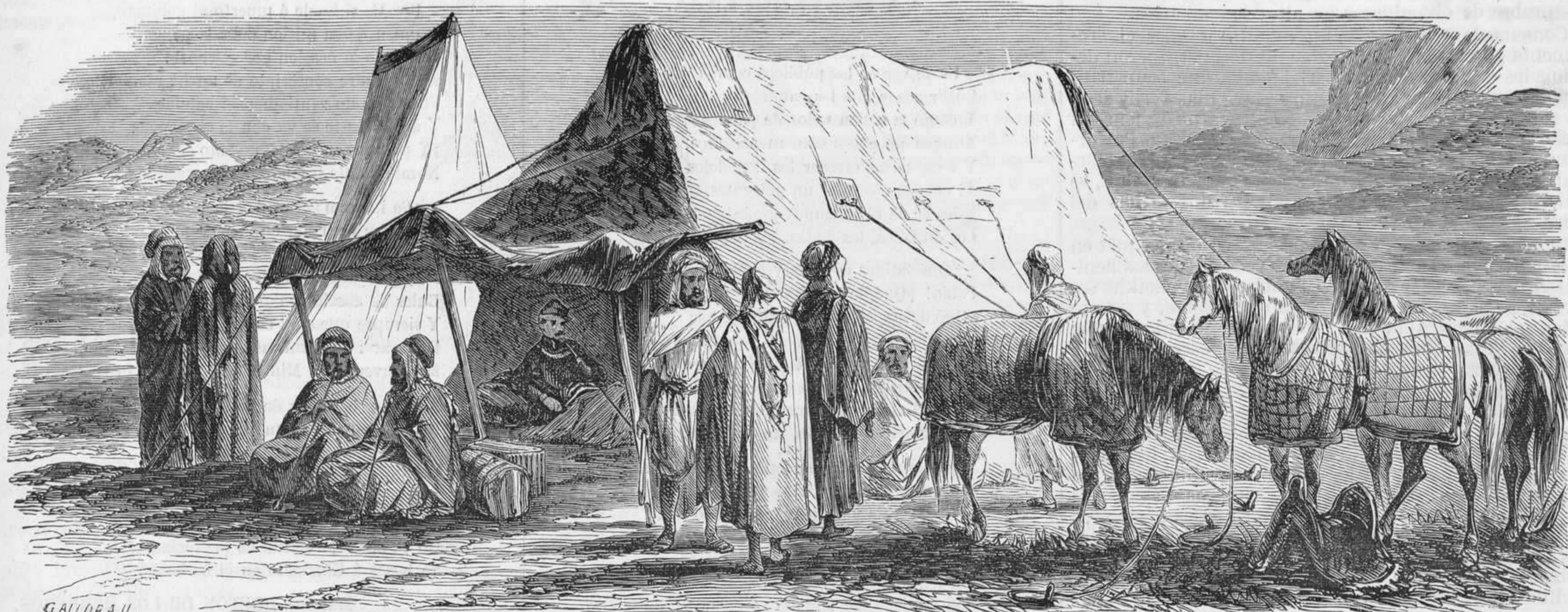


Puerta de entrada.



Capilla lateral en la iglesia.

Argelia. — Expedición de los Babors. é investidura de los jefes sometidos en la campaña.



GAILLARD.

Campamento del comandante de Augereau.

Después de las expediciones dirigidas contra las Kabalias mayor y menor, faltaba que pacificar y someter la porción territorial montañosa que forma la vertiente nordeste de la Kabalia menor, comprendida, no lejos de Djimilah y de Setif, cerca del mar, en el Kaidat de Ferdjina, entre Djidjeli y Bougie.

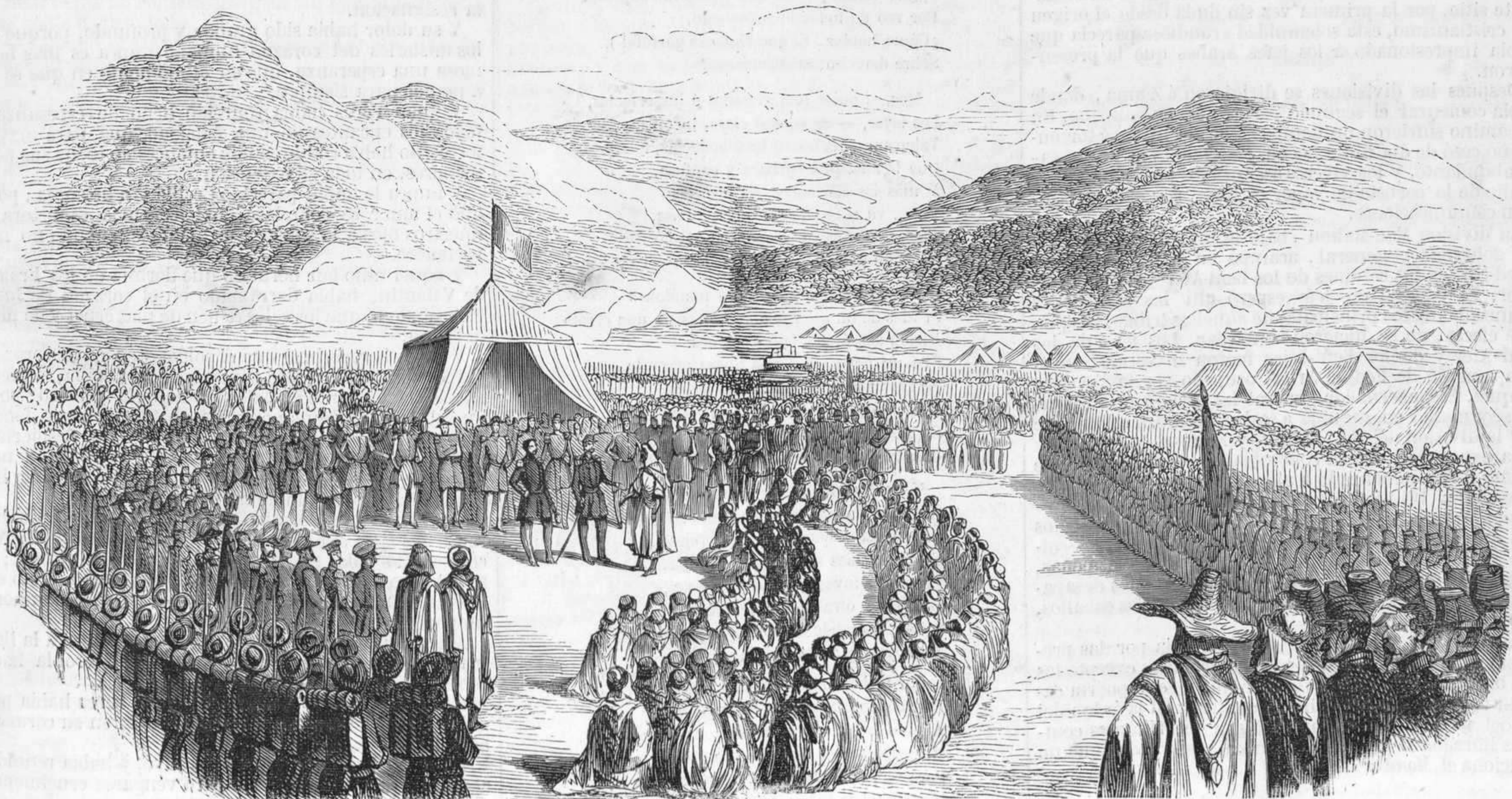
Con este objeto salió de Argel para tomar el mando de esta expedición el gobernador general Randon, acompañado de los oficiales generales Ribet y Chaband-Latour, jefe del estado mayor el primero, y comandante del cuerpo de ingenieros el segundo. Por todas partes encontró á las tribus limítrofes del camino que conduce de Bougie á Setif, imitando el porte y disciplina franceses, hasta tal punto, que algunos jefes, con el



El khadi y el khodja.

yatagan en la mano, presentaban las armas al primer funcionario de la Argelia. Estas demostraciones eran un augurio feliz, indicando que la lucha inminente no sería ni muy larga, ni muy mortífera; y con efecto, la tropa ha sufrido más con las fatigas y la intemperie que con los combates.

El camino de Bougie á Setif, construido por las tropas de la división de esta última ciudad, permite actualmente el tránsito de carruajes de poco peso. Este camino que asegura un mercado á Setif, y un arrabal á Bougie, era una necesidad apremiante. No hay elemento más civilizador que un buen camino, sobre todo en pueblos comerciantes é industriales como la Kabalia, y esto realizará mejor la conquista, á juicio nues-



Investidura de los cheik's de las tribus kabilas por el gobernador general Randon.

tro, que los mas brillantes hechos de armas. A su llegada a Setif, los árabes recibieron al gobernador con la *fantasia*, que tanto los divierte, y con la cual tienen costumbre de obsequiar á los altos funcionarios.

Comenzada la campaña, atacados los Kabilas vigorosamente por la division del general Bosquet, fueron desalojados de la posicion de Tizi-Sekka que ocupaban, y pidieron capitulacion. En muy pocos dias verificaron su sumision todas las tribus, y entregaron rehenes al gobernador general, acampado en Tizi-Sekka. Por órden suya, las divisiones de Bosquet, y el general Mac-Mahou, que tenia su campamento en Ain-Tellon, se unieron y tomaron posiciones en las dos orillas del Oned-Agriouns, inferior.

El general Randon acampó con la division Bosquet en el sitio llamado El-Etnin, en el territorio de los Beni-Hassein, y proceder á la investidura de los cheikhs sometidos. Las tropas no tenian ya que batirse, y solo se veían obligadas á luchar contra las dificultades que oponian á su marcha las pendientes escarpadas del Babor mayor y menor.

Reunidas las tropas, se celebró en El-Etnin, la investidura de 45 jefes de los dos Babores. Esta ceremonia, ejecutada en un sitio pintoresco, rodeado de altas montañas, fué celebrada con cierta solemnidad. El Oned-Agrioun atraviesa un valle, donde se levantarán un dia establecimientos franceses, pero mientras llegan á él las riquezas humanas, despliega ahora todos los tesoros de la magnificencia divina. Grandes espacios, sembrados de naranjos, mirtos y laureles, y entrecortados por colinas arboladas, se extienden entre los montes y el Mediterráneo. En medio de esta doble majestad de las montañas y el mar, entre estas dos imágenes de los países vencidos, y la patria glorificada, debia tener lugar la investidura del gobernador; se hallaban agrupados todos los kabilas, que, de su condicion rebelde, y vida salvaje, iban á pasar al órden regular de la sociedad francesa.

Las tropas formaron el cuadro, y el gobernador general, rodeado de los jefes y oficiales nombrados, su estado mayor, y varios oficiales extranjeros que se habian unido á la expedicion, dirigió un discurso análogo á las circunstancias á los kabilas, para recordarles el deber que contraian de servir á la Francia, haciendo respetar la justicia, y protegiendo á los débiles.

Las palabras del gobernador eran traducidas en kabilia, conforme las iba pronunciando. Concluida la alocucion, y escogidos los cheikhs, que debian gobernar las tribus, cada uno de estos fué llamado para recibir el burnuz encarnado, y todos besaron la mano al gobernador, segun el rito oriental, renovando el juramento de fidelidad á la Francia. Muchos conservaban en sus vestidos ennegrecidos, el feroz desórden de la vida de las montañas. La púrpura francesa, sin embargo, cubrió indistintamente los hombros de todos. Los cheikhs recién nombrados rodearon despues al gobernador general, quien, dirigiéndoles mas familiarmente la palabra, les recordó, que pasando por inviolable la promesa del kabila, á ellos les tocaba confirmar por sus actos su buena fama.

Esta escena tenia lugar un domingo. Desde el principio de la campaña, el clero de Africa estaba representado por los señores Farabere y Goudard. El superior de los trapenses de Staoneli, el presbítero Regis, se habia reunido dos dias ántes á sus cólegas, y celebró la misa, al acabarse la ceremonia, enfrente del mar, sobre un altar improvisado, que coronaba una cruz agreste de madera. El cañon resonó al tiempo de alzar. Verificada en semejante sitio, por la primera vez sin duda desde el origen del cristianismo, esta solemnidad grandiosa parecia que habia impresionado á los jefes árabes que la presenciaron.

Despues las divisiones se dirigieron á Ziama, donde debia comenzar el segundo período de la campaña. En el camino sufrieron un tiempo atroz; la lluvia á torrentes no cesó de dia ni de noche. Felizmente la leña estaba abundante, y los viveres asegurados por Bougie, por medio de la corbeta de vapor el *Titan*, con el cual se tenían comunicaciones.

La division Mac-Mahou, bajo la inmediata direccion del gobernador general, acampó en Kriba, sobre el Oned-Nil, en los confines de los Beni-Afer y de los Beni-Idjer. El general en jefe esperó allí las sumisiones anunciadas de los principales de aquellas tribus, las que, con efecto, no se hicieron aguardar. Los jefes de los Beni-Afer y de los Beni-Idjer fueron investidos en el campamento de Fedj-el-Arba, ocupado por la division Bosquet. El gobernador general les dirigió una alocucion, y montó en seguida á caballo para incorporarse con la division del Mac-Mahou, y regresar á Argel.

La expedicion estaba concluida. La division de este último habia comenzado á abrir un camino militar que debe reunir Djid-jeli á Constantina por Milah, y á Setif por Djemilah. Mucho tiempo hace que estos trabajos han debido ser ejecutados. En estos momentos, los soldados tienen el pico y la pala en las manos, y las peñas, los troncos de árboles, y los espesos matorrales desaparecen, para dejar libre el tránsito, no solo á los caballos, sino hasta á los carruajes.

En resumen, esta expedicion, facilitada por las precedentes, no ha hallado obstáculos grandes, excepto los que oponia la naturaleza del terreno, y se la podria calificar: un laborioso y útil paseo militar, si la órden del dia del general Randon no hablara de brillantes combates librados al principio de la campaña, pero que no menciona el *Monitor* de Argel.

F. M.

FRAGMENTO DEL POEMA INÉDITO

LA DESVERGÜENZA.

Es de ver en los públicos comicios
Bullir acá y allá los candidatos,
Y cómo la echan todos de patricios,
Aunque no pocos sean mauregatos,
Y á espuestas ofrecer los beneficios
Al cuerpo electoral un pelagatos,
Y hacer de fé solemnnes profesiones
Los Julianes, los Judas, los Senones.

¡Qué fatigas diurnas y nocturnas,
Fabio! ¡Qué de explorar valles ignotos!
¡Qué de papel solicito embadurnas
Sumando votos y restando votos!
¿Y saldrá la verdad de aquellas urnas
Que á rellenar acuden tus devotos,
O habrá algun viceversa pon ensalmo
Y tus narices crecerán un palmo?

¡Oh, sublime invencion! ¡oh, bien inmenso!
Ser *padre* por el público sufragio,
Si de elegible y de elector el censo
Del fraude se librarán y del agio!...
Mas ¡chiton! que si digo lo que pienso,
Sin fruto pecaré contra el adagio
Que sentencioso, aunque en palabras toscas,
Dice: en boca cerrada no entran moscas.

Otro, no yo, registre, inquiera, indague,
Las faltas de las listas y las sobras,
Y si es justo que vote el que no pague,
Y si hay escamoteos y maniobras,
Y si, en vez de que á un muerto se sufrague
Con lo que su alma pide entre zozobras,
Vienen á dar, dejando sus asuntos,
Sufragios á los vivos los difuntos.

Otro, no yo, averigüe si en justicia
Le aprueban y reprueban actas y actas,
Y cómo, ora en la Alcarria, ora en Galicia,
A mayorías vencen muy compactas
De los ménos la audacia y la pericia,
Y exclama el derrotado: « ¡Triste Chactas!...
Diez eran contra mí; lo sé; lo cuento,
¡Y al *fiat* de un alcalde suenan ciento!

Mas de esto nada arguyan los contrarios
Del sistema feliz que rige y campa;
Porque, admíta ó no admíta comentarios
Y haya trampa en el juez ó no haya trampa,
La ley es siempre ley; y á sus falsarios,
En virtud de otra ley, puede la estampa
Denunciar, con fortuna ó sin fortuna,
Y á falta de la estampa la tribuna.

No es el metro mejor la octava rima
Para explicar el sabio mecanismo
Que á los de antiguo régimen da grima.
Yo desconfío mucho de mí mismo,
(¡Qué verso!) y sin que Apolo me suprima
Por reo de nefando prosaísmo,
¿Cómo hablar (El que sigue es garrafal.)
Sobre derecho constitucional?

Mas, si quier mal glosadas é imperfectas,
Las leyes, — es verdad clara, inconcusa, —
Valen mas, inclusive las Pandectas,
Que la anarquía bárbara y confusa,
Y mas las elecciones, ya directas
O no, ya si se abusa ó no se abusa,
Que sujetar de un déspota al antojo
Todo un pueblo... ¡No es nada lo del ojo!

Ni culpo á candidatos ó á mandones
Si mas de un *quid pro quo*, mas de una errata
Vician acá ó allá las elecciones.
Si á un *firman* ó á una hueca perorata
Sacrificas tus propias convicciones,
¡Oh, elector! y eres voto de reata
Siguiendo á Pedro ó Juan por esas lomas,
Con tu pan, ciudadano, te lo comas.

Y no gruñas, ya tarde, no te quejes
Si el que por ortodoxo se vendia
Fraterniza despues con los herejes;
Y no extrañes si haciendo granjería
De su alta investidura ciertos pejes,
De una en otra central secretaria
Saltan, quitando el pan en dulces ocios
A los pobres agentes de negocios.

Por tu bobada solo y tu indolencia,
Electo siempre y siempre *Desiderio*,
Alguno hasta encontrar su conveniencia
Mueve todas las cuerdas del salterio
Para ser, con conciencia ó sin conciencia,
Ministerial de tod; ministerio,

Y así pudiera estar empadronado:

« Don Tal dé Tal, de oficio, diputado. »

Por tí, si huele á muerto el gabinete,
A quien de su mision debe la ganga,
Cogiendo la ocasion por el copete
Algun padre conscripto de ancha manga,
Vuelve en un santiamen el cubilete
Y á otra parte se va con la charanga;
¡Y premiar su perfidia, santo cielo,
Nombrándole intendente ó covachuelo!

¿Se impone sin piedad la nota fea
De perjuro y felon en el presente
Siglo á quien de esa suerte pastelea?
No; que ya una política indulgente
Bulas de absolucion no regatea;
Y siempre queda el cómodo expediente
De decir: « En mi cambio no hay desdoro.
Me convenció el Ministro... ¡Pico de oro! »

Si de soberbia y de ambicion el humo
No te condensa en tu caliente cholla;
Si no sabes hacer largo consumo
De hinchadas frares con audaz bambolla,
Resígnate á ser cero, ó á lo sumo,
Ciudadano vulgar de misa y olla.
No ya para ser cónsul de provecho,
Se busca á Cincinato en el barbecho.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

La vuelta de Juan Perez.

(Conclusion.)

IV.

EL CEMENTERIO.

El cementerio de la aldea estaba como á un tiro de fusil de las últimas casas, en una hondonada que formaba el valle. Una tapia de siete piés de altura lo circunvalaba, formando un cuadro perfecto. La punta era un enrejado de madera sin pintar semejante al rastrillo de una cárcel. Por la parte interior apenas se conocia que aquel era el asilo de los muertos; solo una cruz negra y alta levantada en medio, entre cuatro cipreses, daba á aquel recinto un aspecto lúgubre. No habia sepulcros, la tierra levantada á intervalos, formando surcos irregulares, indicaba el sitio de las sepulturas.

Asomaba el sol limpio como un espejo de oro. Sobre una de aquellas sepulturas se levantaba un rosál tan frondoso, que casi la cubria toda. Las gotas de agua, que la lluvia habia depositado sobre las hojas del rosál, se destilaban una á una trazando al rededor de la sepultura un círculo de lágrimas.

El soldado estaba allí de rodillas con la cabeza caida sobre el pecho y los brazos cruzados: habia llorado toda la noche y se sentia sereno; porque las lágrimas son el único consuelo de los corazones afligidos.

Durante toda la noche habia rezado y estaba resignado; porque la oracion lleva hasta las puertas del cielo, y allí encuentra el alma siempre la esperanza ó la resignacion.

Y su dolor habia sido grande y profundo, porque en los misterios del corazon humano nunca es mas hermosa una esperanza, que en el momento en que se va á perder para siempre.

Y Juan Perez habia sonreido lleno de esperanza á todos los encantos de una felicidad, que para mayor tormento habia comprendido entonces en todos sus pormenores, en toda su extension.

Y nunca le habia parecido Cecilia tan hermosa; porque el amor se complace en hacer mas seductora á nuestros ojos á la mujer que amamos, cuando no nos pertenece.

Y aquel niño tan hermoso que dormia en los brazos de Valentin, habia derramado en el corazon de Juan Perez todo lo que los celos tienen de mas cruel y de mas doloroso.

Y no es inverosímil que el soldado en cuyo corazon parecia haberse perdido la memoria de Cecilia, sintiera tan profundamente el dolor de haberla perdido; porque el corazon humano es un abismo en cuyo fondo se duermen las memorias mas dulces, y se despiertan todas juntas en el momento en que la realidad nos alumbra, para hacer mas amargo el pesar de una ingratitud ó el tormento de un desengaño.

El amor habia dormido en el alma del soldado durante los siete años de su ausencia; allí oculto habia conservado toda su virginidad y toda su fuerza; y aquel reposo de siete años, aquel paréntesis abierto en la vida de un cariño tierno y verdadero, le daba ahora un poder irresistible.

Así se oculta, se recoge y parece que se apaga la llama de un incendio; pero el soplo mas ligero la hace brotar de repente mas voraz y mas intensa.

Y es lo cierto, además, que si Juan Perez habia podido olvidar á Cecilia, nunca tuvo lugar en su corazon para otra mujer.

Y por último, el amor es vengativo, y habia reunido aquel dia todas sus fuerzas para vengarse cruelmente de la indiferencia del soldado.

Hemos dicho que estaba resignado, y así era la verdad. No culpaba al cielo, ni á la tierra, ni á los hombres. Su dolor tenía una fórmula que la resignación había puesto en su boca :

« Soy desgraciado. »

Así lo pronunció besando por última vez la sepultura de su madre; y Cecilia que estaba á su espalda, pálida y deshecha en llanto, cayó de rodillas junto á él, y exclamó :

« Somos desgraciados. »

Juan Perez se puso de pié.

— ¡A qué has venido! le dijo con tristeza.

— Todos los domingos vengo á rezar sobre esta sepultura, y hoy es domingo.

Juan Perez sacudió tristemente la cabeza.

— Juan, te creía muerto.

— Ya lo ves, contestó el soldado.

— Era sola en el mundo, continuó la jóven enjugándose las lágrimas con la punta de su delantal.

— ¡Sola! murmuró Juan Perez.

— Valentin era tan bueno... me amaba casi tanto como tú...

— Esto es un castigo, Cecilia; yo perdí la fe de nuestro cariño... casi te olvidé.

— ¡Ah, yo nunca! exclamó la jóven poniéndose de pié y levantando los ojos al cielo; Dios sabe que he rezado por tí todos los días.

— Abrázame, dijo el soldado tendiéndole los brazos.

Cecilia dobló su hermosa cabeza, y permaneció inmóvil.

— Abrázame, volvió á repetir Juan Perez; somos hermanos, y mi madre nos ve.

Y la jóven dando un salto se colgó del cuello del soldado.

Y abrazados lloraron.

Y Juan Perez haciendo un esfuerzo, apartó suavemente de su cuello los brazos de Cecilia, porque era imposible resistir de otro modo.

Los ojos de Cecilia no eran azules, ni negros: eran de esos ojos en los que se reflejan todos los colores; ojos garzos, llenos de viveza, rasgados y suaves, en los que las lágrimas tienen una expresión irresistible; ojos cuyas largas pestañas sombrean las mejillas como un velo de castidad y de pureza.

Y en la mirada de aquellos ojos estaba suspensa toda el alma de la jóven; y su frente morena y tersa se levantaba hasta descansar sobre el hombro rubusto del soldado; y el aliento de su boca encarnada como una rosa á medio abrir, y los latidos de su corazón, y el temblor de sus brazos redondos y desnudos; todo esto lo sentía el soldado dentro de su corazón, lo percibía por todo su ser, y desfallecía y se abrasaba.

Y Cecilia no tenía fuerzas para separarse de aquel hombre tan querido y tan llorado, y temblaba toda y se estremecía hasta el fondo de su alma; porque también, como el soldado, se sentía desfallecer y abrasar.

Y este abrazo, sin embargo, pudo verlo Dios sin enojo, y la madre de aquellos huérfanos sin pesar.

Al fin se separaron.

— Cecilia, esta vez es para siempre.

La jóven comenzó á sollozar.

— Juan, tengo que pedirte un favor, dijo con ansia, despues de algunos minutos de doloroso silencio.

Juan Perez no contestó, pero en sus ojos leyó la jóven que podía pedirlo todo.

— Cuando se ponga el sol, continuó Cecilia, nos daremos el último adiós.

— Yo he presenciado muchas batallas, exclamó Juan Perez; he sentido el frío de la muerte dentro de mis huesos; he visto la eternidad delante de mis ojos mas negra que un abismo, y no he tenido miedo: pero al separarme de tí soy cobarde; quisiera morirme... Cecilia, no tentemos á Dios.

— Yo tengo un hijo, prosiguió la jóven, como si no hubiera entendido lo que acababa de decir el soldado. Esta noche le darás un beso, y partirás para siempre.

Juan Perez se resignó, y Cecilia se dirigió lentamente hacia la puerta del cementerio.

Así quería esta mujer inmensamente tierna enlazar en un beso su amor de mujer y su amor de madre; así quería estrechar al hombre de su cariño con el hijo de sus entrañas; quería purificar su pena y santificar su amor. Y quería además dar tiempo á una despedida, para la que necesitaba todo su valor y todas sus fuerzas.

Quando llegó á la puerta del cementerio iba diciendo: « ¡Dios mío, cuánto le quiero!... » Y al perderse detrás de la tapia, volvió Juan Perez la cabeza, y exclamó oprimiéndose la frente con las dos manos: « ¡Madre mía, porque la he perdido!... »

V.

PARA SIEMPRE.

Era domingo, y al oscurecer se reunían en la iglesia todos los vecinos de la aldea como una grande familia á rezar el rosario, y no faltaban á esta costumbre piadosa mas que los enfermos; de manera que al toque de la campana, quedaban desiertas las calles y las casas.

Juan Perez llegó hasta la punta de la casa del sacristán sin encontrar á nadie. Aquella era también la casa de Cecilia. Empujó suavemente, y penetró en la entrada.

A su frente se alargaba el hogar desierto, y á su derecha vió una puerta entreabierta, y entró.

Era una pieza casi cuadrada que recibía la luz por una de las dos ventanas que decoraban la fachada de la casa. Había una mesa de pino sobre la cual descansaba un crucifijo de bronce, un arca también de pino que ocupaba el ángulo derecho. Inmediato á la ventana, cuatro sillas arrimadas ordenadamente á la pared, y el sillón de baqueta de la madre del sacristán colocado en medio y dando frente á la ventana. Había además en uno de los ángulos interiores sobre la pared medianera con la iglesia, una cortina blanca, detrás de la que se ocultaba la puerta angosta que ponía en comunicación la casa del sacristán con la sacristía de la iglesia.

Quando Juan Perez entró, Cecilia estaba de pié, y sobre una piel de cordero negra y lanuda tendida debajo de la ventana, estaba sentado el pequeño Valentin, el niño de dos años, el hijo de Cecilia, haciendo saltar entre sus dedos sonrosados una manzana tan limpia y amarilla como la cera.

Juan y Cecilia se miraron en silencio, y el niño alzó su graciosa cabeza, mirando con asombro aquel hombre cuyo vestido veía por primera vez.

Aquellas dos almas tan enamoradas y que iban á separarse para siempre, parecían tranquilas.

Despues de algunos momentos de silencio, Cecilia apartó los ojos del soldado, y le dijo con tristeza.

— Juan, siéntate.

— Soy ave de paso, contestó Juan Perez. Ave sola perdida en el espacio, que no tiene donde reposar. Todo lo he perdido en el mundo... ¡Quién cerrará mis ojos!... ¡Quién irá á llorar sobre mi sepultura!... ¡Para qué nació! ¡Porqué te he vuelto á ver, Cecilia, si he de cegar para siempre!

La jóven le asió del brazo llorando. Todo el dolor de Juan Perez lo sentía ella en su corazón: amaba al soldado con toda su alma: acaso había nacido solamente para amarle; y queriendo consolarle, cuando á ella empezaba á faltarle la resignación y el consuelo, exclamó imprudentemente:

— Juan, ¿me amas?

— Con toda mi vida... no me mires así. Siento tus ojos que se clavan en mi alma, y sube de mi corazón una cosa que me ahoga. Descansa por última vez tu cabeza sobre mis hombros.

En aquel momento se levantó suavemente la cortina blanca, y sin ser sentido apareció Valentin, pálido, con los ojos hundidos y los labios trémulos, y se quedó inmóvil, medio oculto detrás de la cortina.

Juan Perez había rodeado con sus brazos la cintura de Cecilia, tenía clavada en ella su mirada ardiente, la devoraba, la oprimía, y la pobre jóven luchaba sin fuerzas.

Aquella era una escena muda cuyo interés es imposible describir.

Cecilia se deshizo de los brazos de su amante trémula, afligida, desesperada, con esa desesperación que siente la mujer cuando comprendiendo su debilidad no puede darse vencer.

Juan Perez bajó los ojos de pesar y de vergüenza.

— Juan, dijo la jóven, somos hermanos.

— Es verdad, hermanos que deben separarse para siempre; y alzando al niño en sus brazos, lo suspendió como una pluma, lo besó en la frente, y lo depositó en el regazo de su madre.

— ¡Adios! dijo Juan Perez.

— Espera, murmuró Valentin adelantándose con trabajo, y con una voz que parecía un estertor.

Cecilia y Juan Perez se quedaron mudos de asombro, porque Valentin estaba lívido, convulso, respiraba con angustia, y se derramaba de sus ojos una luz fría, agonizante, y con la boca entreabierta, los labios secos y azules, y los brazos tendidos hacia la puerta por la cual trataba de salir Juan Perez; parecía un cadáver que se agitaba dolorosamente por un impulso galvánico.

— Espera, continuó con voz sorda y profunda. Cecilia... no lo dejes partir. Si yo pudiera, añadiré apoyándose sobre el respaldo del sillón, me abrazaría á él para detenerlo, pero no puedo... no tengo fuerzas...

Cecilia, sin pronunciar una palabra, se acercó á su marido, y con una mirada llena de angustia quiso entrar en el alma de Valentin; pero se espantó al contemplar de cerca aquellos ojos, aquella palidez, aquella respiración precipitada y ansiosa.

— Acércate, dijo á Juan Perez, y tú, Cecilia. Ayúdame... sentadme. Y rodeando el cuello de Cecilia con su brazo izquierdo, y apoyando su mano derecha sobre el hombro del soldado, se dejó escurrir hasta sentarse en el sillón.

— Ahora, dijo, me voy á vengar.

Cecilia se estremeció, y Juan Perez dobló la cabeza.

— Todo lo sé, continuó con mas ansiedad. ¡Pobres hermanos!... Juan, ella no te ha olvidado un momento; hace dos años que sigo paso á paso su dolor... ¡Cuántas veces han caído sobre mi pecho las lágrimas que derramaba por tí!

— Yo sentía, prosiguió lentamente y poniéndose la mano sobre el corazón; yo sentía aquí agitarse el germen de una enfermedad mortal. No llores, Cecilia, dijo volviendo á su mujer sus ojos apagados. Juan Perez vive, ha vuelto... Dios lo ha dispuesto así. Dame á mi hijo... ¡pobre hijo mío! Tú serás su padre, Juan... porque yo, dijo con esfuerzo sobrehumano, os dejo para siempre.

Cecilia arrojó un grito y cayó de rodillas delante de Valentin. Juan Perez sollozando sostenía la cabeza del moribundo, y el niño sentado sobre las rodillas miraba

con espanto lo que pasaba á su alrededor sin poderlo comprender.

Valentin conoció que llegaba el momento supremo, sentía que faltaba aire para su pecho. Tendió las manos convulsivas y crispadas buscando algo que sus ojos no alcanzaban á ver: primero encontró la mano de Cecilia, despues la de Juan Perez.

— Vosotros me lloraréis toda la vida, dijo con una voz que parecía un soplo.

Cecilia se deshacía en sollozos, gruesas lágrimas caían aplomo de los ojos del licenciado sobre la cabeza de Valentin.

De repente se estremeció sobre el sillón el infeliz organista, se incorporó, paseó una mirada ciega por su alrededor, y exclamó con palabras entrecortadas:

— Dios me perdonará... porque dejo... en el mundo... quien me llora todos los días...

Entonces juntó las manos de Cecilia y de Valentin, y murmuró:

— Así... así... Ahora... estoy vengado...

Y cayó su cabeza inerte sobre el respaldo del sillón, que crujió sordamente, y á los dos extremos de su boca mal cerrada asomaron dos gotas de sangre, que se cuajaron á un tiempo.

En aquel momento se apagaba el sol completamente, y llegaba lento y triste el rumor de la gente que rezaba en la iglesia.

— ¡Ha muerto! exclamó Juan Perez.

— ¡Muerto! repitió Cecilia fuera de sí.

— Este cadáver es santo.

— Es el de un mártir.

Y la infeliz viuda abrazó á un tiempo á su hijo y al cadáver.

Juan Perez enjugó sus ojos.

— Cecilia, rezaremos por él todos los días.

— Sí, todos los días.

— ¡Adios! dijo Juan Perez entreabriendo la puerta.

— ¡Adios! sollozó Cecilia.

— Para siempre...

— Para siempre.

CONCLUSION.

El cabo Suarez y el sargento Pelao se aborrecían de muerte, pero no impedía esto que visitaran juntos la taberna pintada de la calle de San Vicente, y que mano á mano bebieran aguardiente y juraran por todos los santos del cielo y por todos los demonios del infierno.

Y esto solía suceder comunmente por la tarde, despues de la lista.

Y estaban á la puerta de la taberna los dos el día 20 de octubre de 1840, al caer el sol, y el cabo Suarez exclamó de repente mirando al extremo de la calle, que concluye en la muralla:

— Mi primero, aquel es Juan Perez.

— No veo, dijo el sargento tambaleándose.

Juan Perez era, y llegó á la puerta de la taberna.

— Á tiempo, exclamó el cabo ofreciéndole un vaso de aguardiente.

Juan Perez se dirigió al sargento.

— Mi primero... me vuelvo al regimiento.

— ¿Te vas á enganchar?

— Para toda mi vida.

— ¡Bravo! exclamó el sargento, á la salud del recluta, y empujó el vaso por vigésima vez.

El cabo Suarez apartó á Juan Perez á la distancia de dos pasos de la puerta de la taberna, y le dijo al oído:

— ¡Y Cecilia!

— No me la nombres mas.... Todo ha muerto para mí.....

— ¿Y te vuelves al regimiento?

— Para toda mi vida.

— Mejor hubieras hecho en ahorcarte.

— Tengo que vivir...

— ¿Porqué, si eres solo en el mundo?

— Porque.... dijo Juan Perez, porque tengo que rezar.

El cabo Suarez soltó una carcajada, y Juan se encogió de hombros, y fué á que le dieran de alta en compañía del sargento Pelao.

JOSÉ DE SELGAS.

Madrid julio de 1853.

EL ALBUN DE LA MOLDO-VALAQUIA.

(Artículo 5.º)

EL BOUDCHJESCH.

Los sabios religiosos, historiadores de la invasión mongola, cuentan que uno de los mas formidables generales de Gengis-Kan era Boudchjesch, uno de sus numerosos yernos. La aparición de este feroz capitán en el territorio de la Valaquia donde penetró hacia fines del siglo catorce á la cabeza de sus hordas victoriosas, entrando por las mas espantosas sinuosidades de los montes Carphatos, dejó en aquella tierra una impresión tal de terror, que hoy mismo despues de haber trascurrido mas de quinientos años desde la invasión tártara, el recuerdo del mencionado jefe está, por decirlo así, identificado con la montaña misma; y cuando los extranjeros preguntan en Bucharest, qué viene á ser aquel pico gigantesco que parece todavía amenazar la

tranquilidad de la población, cada transeunte asombrado de que el nombre de dicho pico no sea conocido de todo el mundo, responde: «Ese gigante de piedra... ¡buena pregunta! ese es Boudchjesch.»

BUCHAREST

capital del principado de Valaquia.

¿Serán, ó han sido?

Tal es la pregunta que todo profundo observador político, amigo de los valacos, se dirige á sí mismo cuando ha vivido mucho tiempo entre los habitantes de la interesante ciudad de que vamos á ocuparnos.

Al ver la risueña cara de aquellas seductoras mujeres, el aspecto marcial y elegante de aquellos hombres, no puede uno ménos de exclamar... ¡Esa es la juventud...! Pero ¡ay! á la vista luego de aquellos viejos con la barba blanca, el largo traje oriental y la fisonomía impasible, es preciso decir: ¡No! ¡todo ha concluido!

En efecto, allí entre la muerte y la vida tiene lugar el duelo á que el extranjero asiste temblando, aunque admirando siempre la hospitalidad y las dulces costum-



El Boudchjesch.



Bucharest, capital del principado de Valaquia.

lleve al país lo que es de esperar del buen sentido de los valacos.

Bucharest es una ciudad importante, cuya población se calcula en unas 90,000 almas. Su nombre que deriva de la voz valaca *bukur* (alegría), indica bien que generalmente es una ciudad de lujo y de placer. Está como Nápoles, ciudad también voluptuosa, situada al pié de los volcanes. La frecuencia de los terremotos ha determinado á los moradores á no construir casas más que de un solo piso, por cuya razón la ciudad tiene gran extensión. Hay algunos barrios (*las Mahallas*) donde hasta las familias más modestas ocupan una casa. Casi en todas las casas hay jardín, y como el excelente empedrado permite circular cómodamente, puede uno sin salir de la ciudad disfrutar uno de los mejores paseos de Europa.

Bucharest que tantas veces ha dado paso á los turcos, como muchas ciudades de España á los árabes, tiene en sus costumbres y hasta



Calle en Bucharest.

bres de aquellos habitantes.

Si les oís hacer las interesantes relaciones de su historia, veréis sus ojos encenderse ó inundarse de lágrimas con el recuerdo de sus héroes. Todo os encanta y os trasporta á la idea gloriosa de su nacionalidad; pero pronto se debilita todo... el protectorado de los rusos es un fantasma, ante el cual todo desaparece. ¿Cuál será pues el resultado de esas luchas desiguales? ¿Quién puede vaticinar el porvenir de un país que por sus sabias universidades presidía en otro tiempo á la educación de la Rusia naciente, y donde hoy, gracias al protectorado, no hay rico que pueda dar á sus hijos una carrera literaria?

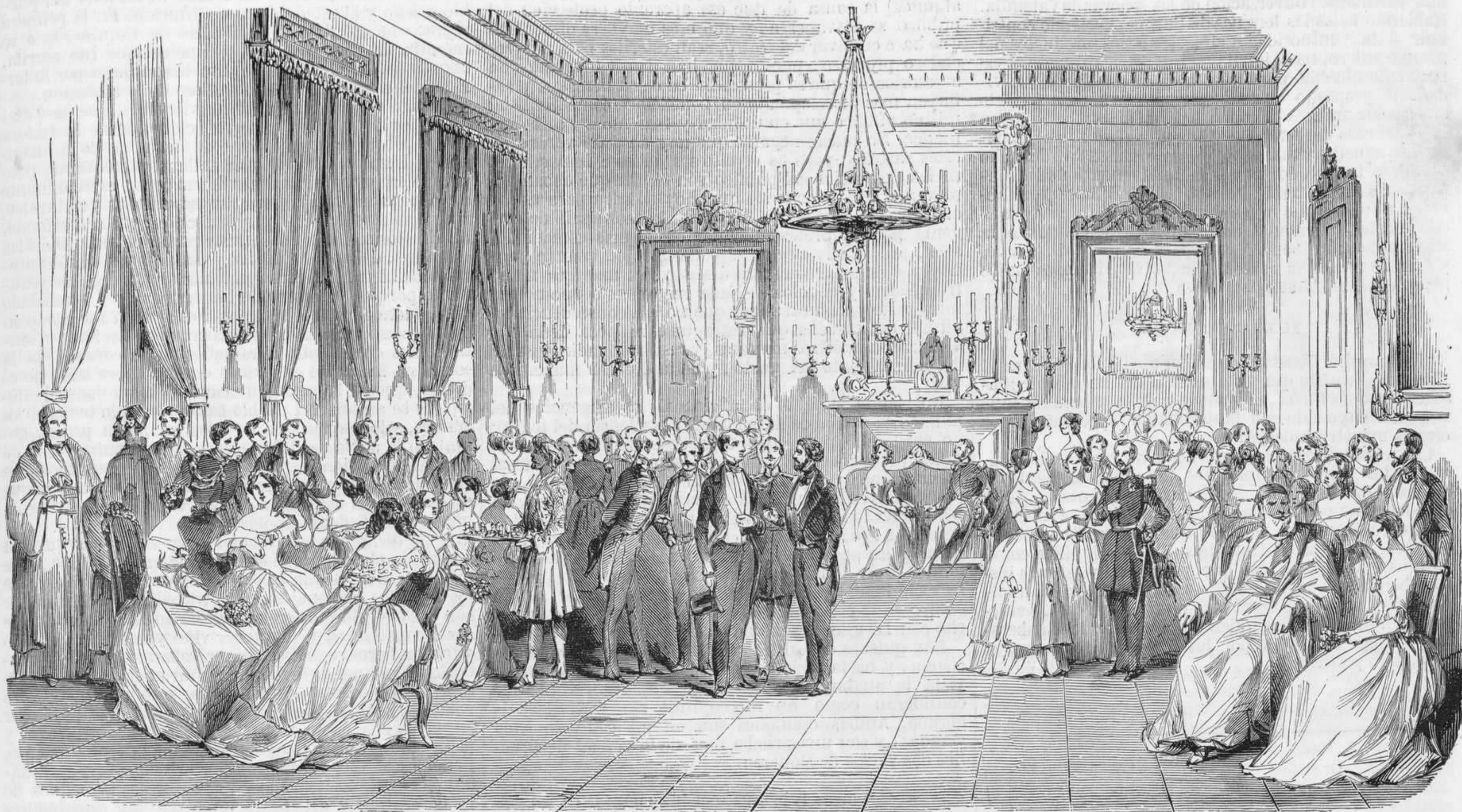
Pero no están léjos la Alemania y la Francia.

Y puesto que de algunos años á esta parte la solitud de las familias ilustradas exige que los hijos á los doce años, y las hijas á los diez, abandonen á sus padres y madres para ir á Berlín, á Dresde, á Viena, á París, lecciones que la Rusia quiere hacer incompletas en el interior cuando no las impide abiertamente en el exterior, hagamos votos porque las semillas de una educación recibida en las naciones cultas,

en sus monumentos muchos recuerdos orientales. Algunas veces, sin embargo, la tintura oriental desaparece para dar lugar á los cuadros más terribles de la naturaleza septentrional. No habiendo montaña que corte las corrientes del Nordeste, el termómetro llega algunas veces á 25 grados bajo cero: vense cruzar los trineos siberianos, pasando sobre cinco ó seis piés de nieve, y puede decirse que Bucharest, la ciudad del Oriente, toma entonces la fisonomía de una ciudad rusa. Pero pronto se consuelan los habitantes con sus bailes y máscaras en que Bucharest rivaliza casi con la misma Venecia.

KHAN Y CONVENTO DE SAN JORGE.

En este monasterio situado en el centro de la capital, y casi enteramente destruido por el fuego, el primer día de las pascuas de 1847 es donde los príncipes valacos reciben su investidura, y allí también toman posesión de sus cargos desde 1716 los príncipes designados



Un salon valaco.

por la Puerta Otomana para el gobierno de los principados.

El nombre de estos últimos príncipes llamados *fanariotes*, recuerda demasiado á donde llegaron su arbitrariedad, su desmoralización, su astucia y su avaricia. Sin embargo, justo es decirlo; las tradiciones que introdujeron, y principalmente el conocimiento de la lengua griega, han valido al país esas luces y ese aticismo que caracteriza á sus habitantes. Encontrando estos en el griego el mas rico complemento para el estudio de las humanidades, se han hallado dispuestos á entrar en las ideas y costumbres de la civilización moderna, si bien es cierto que les ha servido mucho la facilidad con que hablan el idioma francés. Hay otra consecuencia que deducir naturalmente de todas estas ventajas de que hemos hablado, y es que los moldavos y los valacos aprenden sin dificultad todas las lenguas, hablando sobre todo la francesa sin ese acento que distingue siempre á los ingleses, suizos é italianos. No dudamos en repetirlo, haciendo abstracción de las facultades intelectuales de aquellos habitantes así como de la urbanidad y elegancia que les son peculiares, debemos considerar á la lengua griega, importada á la Moldo-Valaquia por los fanariotes, como causa de su cultura, y por lo tanto como compensación de las desgracias que en cuatro siglos de guerra han affligido á aquella interesante raza. Gracias á la lengua griega, nuestra era de



Neófito metropolitano de Valaquia.

civilización ha encontrado á los moldo-valacos admirablemente dispuestos para recibir en la lengua universal todas las ideas de progreso y reproducir en caso necesario el patrio ardor de la antigüedad.

UN SALON VALACO.

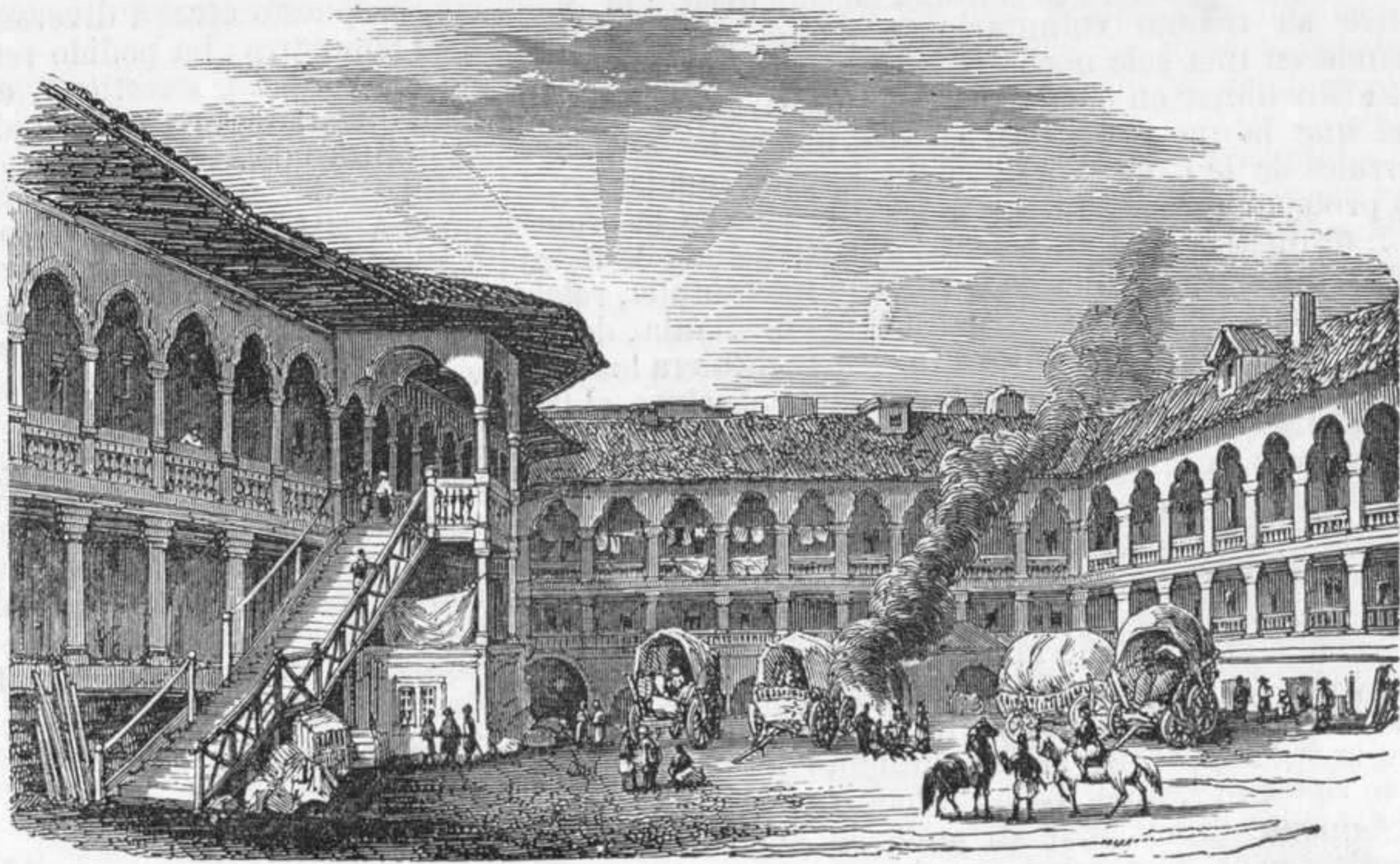
En el mes de julio de 1843, el príncipe Alberto de Prusia volviendo de un largo viaje que hizo al Oriente, pasó por Bucharest para trasladarse desde Constantinopla á Berlin. Como era hermano de la emperatriz de Rusia, fué recibido con muestras de la mas alta distinción.

Un pintor francés muy notable, M. Charles Doussault, el mismo que fué llamado mas tarde á Constantinopla para hacer el retrato del sultan, se encargó de trazar en un elegante álbum, compuesto de diez grandes acuarelas, todos los episodios interesantes del pasaje de S. A. R. el príncipe Alberto de Prusia por el principado de Valaquia.

Uno de los dibujos de dicho artista es el que damos hoy para representar el gran baile dado en aquella ocasion por el príncipe reinante de aquel país. Que nuestros lectores añadan á esta magnífica amalgama de trajes asiáticos y europeos el relieve del colorido, y digan si es posible imaginar un cuadro mas variado. Sin embargo, aquí se descubre la insuficiencia del arte, puesto que no puede trasladar los encantadores pormenores de las fi-



Khan y convento de San Jorge.



El khan Manouck.

sonomías, la gracia y elegancia de las maneras, la fina y brillante conversación de las señoras de Valaquia. Hablando todas las lenguas de Europa, haciendo contribuir á la suntuosidad del tocador los productos del mundo entero, nada iguala en nuestro continente al espectáculo ofrecido por los valacos en un día de festividad. A propósito de esto preguntaron un día á cierto embajador francés á quien habian obsequiado en un baile en casa del príncipe Alejandro Ghika, qué le parecían aquellas reuniones, y esta contestación de dicho caballero basta á dar una idea de las mencionadas reuniones: «No me habéis de eso, dijo afectando mal humor; no creo que uno deba molestarse en pasar muchas noches durmiendo en la diligencia, corriendo la friolera de ochocientas leguas para ver algo de nuevo, y cuando uno creía estar en Bucharest, hallarse en los mas elegantes salones de París.»

EL KHAN MANOUCK.

¡Ved aquí á Constantinopla en medio de Bucharest! ¿En qué consiste que en presencia del impopular *protectorado* de la Rusia, el principio de la soberanía musulmana haya sido allí tanto tiempo representado por ciertas monstruosidades?

Las tres fortalezas de Turno, de Giurgewo y de Ibracla... los príncipes fanariotes... los empalamientos... las extrangulaciones... las muertes violentas... tales eran las cosas por las cuales el turco asiático se rebelaba antes en el Rumun... Pero hoy que el turco se ha hecho europeo, hoy que el título de sultan no significa como antiguamente *califa*, sino que quiere decir «el mas justo y bondadoso de los reyes,» todo buen patriota moldo-valaco fia su reposo al lazo de vasallaje que le sujeta al sultan; por consiguiente el príncipe de la soberanía otomana es mirado por los moldo-valacos como el verdadero *protector*.

LITERATURA DRAMÁTICA.

Consideraciones generales sobre el teatro.—Influencia, carácter y significación de los espectáculos escénicos.—Reflexiones acerca del teatro antiguo español.—Elementos de existencia del arte dramático.—Su porvenir en España.

Pretendo examinar si tienen ó no algun sólido fundamento ciertas ideas comunmente admitidas de algun tiempo á esta parte acerca de las producciones dramáticas y del teatro en general.—«El teatro decae,» se ha dicho y se repite. «El teatro es una hoguera que se apaga por falta de alimento.» «El drama antiguo, el teatro de Lope y Calderon es imposible, porque representa ideas muertas que no tienen eco en los corazones de la generacion actual: la comedia clásica es insufrible, porque su rigorismo, sus unidades, su sencillez la hacen insípida y fria, lánguida y desmayada para un auditorio que no busca en el teatro mas que un recreo pasajero, que desdeña los espectáculos modestos y que acude presuroso á donde pueda pasar tres ó cuatro horas con el mayor deleite posible de todos los sentidos, carácter distintivo de la época actual, cuyo pensamiento dominante parece que se cifra en el consejo epicúreo de Horacio, *Carpe diem*.»—«La comedia clásica, se añade, es tambien imposible, porque ¿de qué elementos echará mano en una sociedad donde todos se hallan confundidos, donde ha desaparecido toda diferencia entre las clases? ¿Qué ridiculeces ó qué vicios sacará ya á la vergüenza ante un público que todos los tolera, que de ninguno se ruboriza, que hace gala del desenfreno, que transige con la corrupcion, que reverencia el impudor cuando se ostenta procaz y desenvuelto, y se mofa y compadece de la virtud y la modestia?»

Mucho hay de gratuito en tales suposiciones; mucho de aventurado en tales juicios; mucho de inexacto en las consecuencias que de ellos se pretende deducir.—¿En qué se funda esa supuesta decadencia del teatro? ¿Dónde está la falta de alimento para esa hoguera? ¿Será tal vez que el público se retraiga de concurrir á él, y le retire su tributo voluntario de afición y de dinero, cuando en una sola noche recaudan los teatros de Madrid (sin tomar en cuenta los de música) mayor cantidad que la que producian en dos meses los antiguos corrales de la Cruz y del Príncipe? ¿Será que las leyes no protejan como debieran á los que ejercen la profesion dramática, cuando los vemos participando de todas las distinciones sociales de la manera mas amplia, retribuidas hasta en la mas insignificante medianía, de un modo que no llegaron á imaginar siquiera los mas insignes actores de la escena española, incluso el inmortal Isidoro Maiquez? ¿Será que carezcan de estímulo los escritores, cuando se halla tan sólidamente garantida la propiedad literaria, que la favorable acogida de una ó dos comedias al año asegura á su autor una subsistencia decorosa? No está, pues, en la poca afición de los espectadores, no en la falta de proteccion por parte de las leyes, el vicio radical que aqueja al teatro, en otra parte hay que buscarle.

La veleidat del público, el ansia de goces que distingue la época presente, el refinamiento del lujo, la falta de fe con que asisten los espectadores al teatro, hacen sumamente difícil fijar su atencion sin grandes dispendios en la decoracion escénica, en los traies, en el

conjunto, en fin, de todo el espectáculo: he aquí (dicen algunos) la causa de que esa aparente proteccion del público se desvanezca, y que esos mayores dispendios que hace en favor del teatro, sean estériles para su verdadero progreso, puesto que han de ser invertidos en accesorios de que se prescindia en otros tiempos, y refluían mas directamente en beneficio y comodidad del mismo público que en utilidad y fomento del arte dramático. No puede negarse que hay algo de verdad en estas razones: pero es preciso ser justos é imparciales: ni las exigencias del público son tantas que deban absorber el exceso de gasto que hoy sufraga para asistir al teatro, ni puede con fundamento tachársele de exigente porque pretenda hallar en él mas comodidad, aseó, propiedad, elegancia y hasta lujo, cuando paga hoy por este recreo cuatro ó seis veces mas que nuestros padres y abuelos.—Nada hay en esto que no sea muy justo y natural: nada que no sea consecuencia legítima del carácter que distingue esta época de la que alcanzaron nuestros mayores, y resultado indispensable del refinamiento del gusto, y de la diversa manera de vivir.

No siendo la falta de afición ni las exigencias del público la causa de la supuesta decadencia del teatro; no existiendo tampoco la falta de proteccion y de estímulo por parte del gobierno, será preciso acudir al mismo teatro, y pedirle cuenta al arte mismo, de la postracion en que yace, dado caso que esta postracion sea un hecho innegable.—Para llegar á una conclusion definitiva, para poner en claro si existe en realidad alguna causa poderosa, contra la cual el arte sea impotente á pesar de los elementos de que dispone, es preciso examinar la solidez de las razones que se alegan dentro de la esfera moral é intelectual, como se ha hecho con las que pertenecen al órden material.

Hay quienes dan al teatro una influencia moral eficazísima, y hasta social y política, y bajo este punto de vista le atribuyen una grande importancia: otros le consideran como un recreo fútil sin trascendencia alguna. Ambas opiniones son en mi concepto exageradas, y son una prueba mas de la verdad de aquellos dos versos de Moliere:

«Les hommes la plupart sont étrangement faits;
»Dans la juste nature on ne les voit jamais.»

Verdad trivial, cuya evidencia circundando y envolviendo á los hombres por todas partes, como el aire que respiran, pasa sin embargo para ellos desapercibida, y estéril para la humanidad, cuyo destino parece ser en la tierra el de oscilar de uno á otro extremo sin poder atinar jamás en las cuestiones que la agitan con un exacto y justo nivel.—En cuanto á la influencia del teatro en la sociedad, yo creo que es muy poca, si bien no me atrevería á sostener, aun siguiendo autoridades respetables, que sea nula. Mejor aceptaría la opinion de los que dicen que el teatro es el espejo de la sociedad, aunque esta proposición no es de una verdad absoluta, sino relativa y condicional.—El teatro no existe durante largos períodos en algunos países: todavía cuando existe, no basta por sí solo para darnos idea completa del estado de la sociedad; y aun cuando sea siempre un dato muy importante para este objeto, necesita ir acompañado de otros muchos, y ser estudiado en el conjunto completo de los espectáculos favoritos de un pueblo ó de una época. Procurando aproximar ambos extremos, y conciliar en una fórmula encontradas opiniones, yo diría que la pretendida influencia del teatro no es sino el reflujo, digámoslo así, de la que ejerce sobre él la misma sociedad: en una palabra, que el teatro no da, sino recibe, ó mas bien devuelve lo que ha recibido.

En donde quiera se descubre, observando los vestigios de los diversos espectáculos que han prevalecido en los pueblos, el sello distintivo de las costumbres, de las instituciones, de las creencias, de la civilizacion en fin de cada época y de cada país; pero es muy dudoso que pueda con fundamento asignarse á tales espectáculos, y mucho menos al teatro, un lugar entre los elementos activos y preponderantes que imprimen á las sociedades el movimiento civilizador que las caracteriza y distingue. Pienso por el contrario, que el teatro, admitido como espectáculo favorito y casi exclusivo algunas veces, pospuesto otras á diversiones no tan cultas aunque mas populares, ha podido reflejar en parte, con mas ó menos verdad y exactitud, el estado de una sociedad; pero que de seguro ha recibido siempre en vez de darle el impulso de la civilizacion.

En medio de la turbulenta democracia de Atenas, pudo Aristófanes sacar al teatro con su propio nombre, ó remedando su rostro y su figura, los personajes mas notables de la república, entregándolos á la bafa de un populacho desenfrenado; y esta clase de comedia prevaleció en aquel país, y entretuvo y deleitó á los griegos, porque en aquel gobierno puramente democrático, cualquiera excelencia, aun la de la virtud, excitaba celos y hacia sombra al pueblo que se complacia en ver escarnecidos, creyendo reducirlos así al comun nivel, los ciudadanos que por su mérito insigne, ó por eminentes servicios habian logrado distinguirse en la pública opinion. Esta especie de comedia era producto necesario, y debia ser el espectáculo favorito de una sociedad que llevaba sus celos suspicaces hasta el colmo de la ingratitud, reuniéndose en asamblea para condenar á un ciudadano, solo porque se habia ya cansado de oírle apellidar *el justo*.

La tragedia, informe y tosca en un principio, como nacida entre borrascosas y desenfrenadas bacanales, se

acomodó tambien desde su origen al carácter del pueblo griego y al estado de su civilizacion. En la primera representacion de las Enménides de Esquilo, que se resentia de la rudeza del tiempo en que fué escrita, abortaron, segun se cuenta, muchas mujeres por lo terrible del espectáculo y lo espantoso de la ejecucion.

Verdad es que esta nacion privilegiada, que pasó casi de un golpe y sin lentas gradaciones desde la rudeza de sus primeros ensayos en todas las artes de la imaginacion hasta la mas delicada belleza, atinó á muy poco tiempo en sus producciones dramáticas, especialmente en la tragedia, con las formas mas sencillas y naturales, revistiéndolas de la mayor perfeccion; pero en el fondo, las composiciones no se emanciparon del influjo de las creencias, de las costumbres y de las leyes, ni sus autores concibieron tal idea; ni hubiera sido posible realizarla, porque aquel pueblo impresionable y arrebatado no hubiera admitido ni aceptado, ni tal vez tolerado en el teatro espectáculos en desacuerdo con las ideas y sentimientos dominantes arraigados en el corazón de la sociedad. Recuerdo en prueba de ello haber leído no sé donde, que en la representacion del Belerofonse de Eurípides se amotinó el pueblo causando serio temor á los actores, solo porque uno de ellos hacia con procaz desenfado la apología del dinero y de la omnipotencia de las riquezas, siendo preciso que el poeta se mostrase al auditorio para calmar su irritacion, rogándole que esperase el fin del drama, donde veria castigado dignamente al impudente apologista.

Se ha dicho por autoridades, que tienen con justicia adquirido el derecho de dogmatizar en literatura, que los trágicos de Grecia escogieron con preferencia entre los reyes los personajes de sus tragedias para presentar con desfavorables colores la dignidad Real á los ojos de sus compatriotas, y mantener vivo y constante el odio que estos fieros republicanos abrigaban contra ella y contra los desmanes de la tiranía. Yo diría, si me fuera lícito aventurar distinta opinion sobre este punto, que los poetas griegos al hacer aquella eleccion, y al presentar en la escena como víctimas de la fatalidad, reyes y príncipes, escogiéndolos con preferencia en los tiempos llamados heróicos, tuvieron por principal objeto, guiados por un tacto delicado y por los sanos principios de la naturaleza y del arte, ofrecer á los espectadores grandes catástrofes, fulminadas sobre grandes personajes, porque, como es sabido, estos son los dos puntos esenciales sobre que estriba el mayor efecto de las acciones trágicas. Además, la época heróica, remota ya, y cuya tradicion se conservaba algo confusa, ofrecia á los poetas otro elemento favorable al buen desempeño de la tragedia, cual es la libertad de convinar la accion del drama á su albedrío, sin chocar con la verdad histórica y con hechos incontravertibles de época reciente y mas conocida. Estas son, á mi entender, las verdaderas causas que movieron á los autores griegos á elegir con preferencia, para abastecer el teatro trágico, los personajes que escogieron. Por lo demás, si confundieron tal vez en sus dramas los buenos con los malos príncipes, presentándolos á todos indistintamente con desfavorables colores y bajo el aspecto de tiranos, no debe por eso deducirse que aquel fuese su objeto preferente, ni que pensasen por este medio influir en la opinion de sus conciudadanos. Me inclino á creer, por el contrario, que esto fuese una concesion hecha al espíritu y á la opinion dominante, ó mas bien al resultado de la influencia de esta misma opinion que envolvia y arrastraba en su atmósfera sin que quizá se apercibiesen de ello á los mismos autores dramáticos, así como sus creencias religiosas y sus ideas morales les hacian presentar al destino como único árbitro inflexible y despiadado de la suerte de los hombres, y á estos subyugados por la influencia fisiológica de las pasiones, sin conocer del amor mas que su parte física, y agenos de todo punto á las ideas de pundonor caballeresco, de abnegacion sublime que brotaron muchos siglos despues del seno de otra sociedad formada de muy distintos elementos.—Entre los romanos, la comedia, y sobre todo la tragedia, no tuvieron carácter propio, pudiendo considerarse sus imitaciones, cortas en número, de las obras del teatro griego como una continuacion de estas, y como los últimos destellos del brillante sol que fecundó el ingenio de sus admirables modelos. No hay para que detenerse, por tanto, en este largo período; aunque creo oportuno consignar de paso algunas ligeras indicaciones. Los romanos, con el carácter de fausto y de magnificencia que admiramos en los restos de sus obras colosales, levantaron teatros suntuosos donde los últimos ecos de la musa griega vinieron á apagarse entre la algazara descompuesta que excitaban los gestos impúdicos de los mimos y pantomimos, y las obscenidades y torpezas de los histriones y bailarinas. Erigieron tambien inmensos anfiteatros destinados á los sangrientos espectáculos del circo, donde con frecuencia se agolpaban los espectadores á gozar de mas vehementes sensaciones, hastiados ya, ó poco satisfechos de las voluptuosas escenas del teatro. Esto á mi modo de ver prueba dos cosas: primera, que los romanos, corrompidos por el lujo y la molice consiguiente á la posesion de las inmensas riquezas que les rendia en tributo el mundo conquistado, tuvieron teatros, pero no literatura dramática: segunda, que no habiendo alcanzado el teatro en Roma una existencia propia, á pesar de los esfuerzos de algunos imitadores de los griegos, y habiendo cedido el campo á las pantomimas de los histriones y á las luchas y espectáculos del circo, á donde concurrían ansiosas todas las clases sociales para cebarse ávidamente en escenas de sangre ó de lubricidad, no es el teatro el que influye en las costumbres de

los pueblos, sino el estado de la sociedad el que decide y determina el carácter y tendencia de los espectáculos, y por consiguiente del teatro.

De los siglos inmediatos á la caída del imperio romano, hay que prescindir completamente por falta de datos, aunque puede asegurarse que en el naufragio universal de todas las instituciones, consiguiente á la irrupción de los pueblos septentrionales, desaparecieron hasta los vestigios del arte dramático. Pero cuando se fueron sosegando poco á poco las oleadas de aquella inundación, y descubrió asombrado el mundo á la luz del cristianismo, agrupado en torno de la cruz otra nueva sociedad compuesta de los despojos de la antigua y de los modernos elementos: cuando del seno de la iglesia, donde se conservaron y fueron fecundados los gérmenes de la vida intelectual del mundo antiguo, renacieron las ciencias y las artes, reaparecieron también con ellas el teatro y los espectáculos escénicos, aunque con las formas y atavíos convenientes al diverso estado social.—Entonces se vieron representar en los templos bajo el nombre de *misterios*, y desempeñadas en lo común por individuos dedicados al culto, escenas de la vida y pasión del *Salvador*, pasajes del antiguo y nuevo Testamento, vidas de santos, alegorías con el título de *moralidades*, en que se personificaban las virtudes cristianas: obras todas defectuosas y rudas con relación al arte, pero producto espontáneo y natural de aquella época, y espectáculo popular acomodado á la situación de aquella sociedad, y del cual queda todavía algún vestigio entre nosotros en los llamados *pasos*, con que suelen acompañar las cofradías, cabildos y hermandades las procesiones de la Semana Santa.

De los templos y monasterios pasaron estos espectáculos á las plazas y á los campos, y durante los siglos medios, compañías de juglares ambulantes recorrían los pueblos, las ciudades y los castillos feudales, ejerciendo en ellos sus habilidades, alternando las escenas místicas y religiosas, con farsas profanas, danzando y tañendo variedad de instrumentos y cantando á veces en romances informes las hazañas y altos hechos de los héroes de la caballería y de la cristiandad. Mas estas representaciones y farsas sin forma regular, ajenas de todo buen gusto y artificio, si bien pueden ocupar algún lugar en la historia general de los espectáculos, difícil fuera clasificarlas convenientemente entre las producciones del arte dramático. Las huellas de este durante aquella época, hay que buscarlas en el silencio de algún claustro, en el retiro de algún sabio estudioso, que desenterrando las obras de los griegos y latinos, lograba á costa de grandes desvelos y fatigas hacer alguna regular imitación de aquellos modelos, la cual ni obtenía los honores de la escena, porque esta aún no existía en realidad, ni era apenas conocida mas que de su propio autor, contribuyendo á ello en gran manera el que estos ensayos ó imitaciones se escribiesen en latín, que era la lengua sabia de la Europa, y no en el idioma vulgar que trabajosa y lentamente se iba formando en cada país.

No mas allá del siglo XV remontan los primeros ensayos dramáticos de forma regular que puedan citarse escritos en lenguaje vulgar.—La España y la Italia se disputan la antigüedad respectiva de la *Celestina* y del *Orfeo*; y sin entrar á decidir esta cuestión y otras que con ella se enlazan, conviene advertir que ambos pertenecen á la segunda mitad de dicho siglo; que si bien el *Orfeo* se puso en escena antes de publicarse por su autor, no alcanzó, sin embargo, grande boga en la misma Italia, ni fué conocido en mucho tiempo fuera de ella; mientras la *Celestina*, que no se prestaba por su forma y dimensiones á la representación, alcanzó tal popularidad, que desde los primeros años del siglo siguiente se la vió traducida al italiano, reproducida por la prensa, admirada y comentada por los eruditos de ambas naciones que eran por entonces las mas cultas de Europa.

La *Celestina*, que á pesar de su título de *Tragi comedia*, pertenece mas bien á las novelas, pinta con admirable colorido la situación moral y las costumbres del tiempo en que fué escrita. Es un libro muy curioso y de precio inestimable para el historiador y el erudito; pero no puede realmente señalársele un lugar entre las producciones del teatro español.

A los esfuerzos de Torres-Naharro, Lope de Rueda, Timoneda y algunos otros, debió este en España una existencia propia, y su origen el arte de hacer comedias, del cual, y de los elementos con que contaba en la parte material de la ejecución y en la decoración escénica, da Cervantes una descripción tan exacta, como poco lisonjera, hasta la aparición del *gran monstruo* de naturaleza como llama á Lope de Vega.

Sería este escrito interminable si hubiera de contener la numeración de las infinitas producciones que cuenta el teatro antiguo español. Tampoco es posible descender al examen del carácter que distingue las de los diversos autores. Basta á mi propósito señalar como circunstancias notables: que el teatro fué en España una diversión esencialmente popular: que en él están fielmente reproducidos los sentimientos, las preocupaciones, los vicios y las virtudes características de la sociedad contemporánea, siendo quizá el estudio del teatro, así como el de los romances, el camino mas seguro para fijar bastante aproximadamente la fisonomía distintiva de la civilización, y los elementos sociales de algunos interesantes períodos de nuestra historia.

La altivez é independencia del carácter individual, herencia que debimos á la raza indígena y á su mezcla con la sangre goda: el valor impetuoso, el ánimo resuelto y arrogante, adquirido en siete siglos de continua

lucha con los irreconciliables enemigos de nuestro Dios: la fe ciega y fanática que esta lucha tenaz contribuyó á mantener viva y ardiente en los corazones: la galantería, muelle y voluptuosa que nos comunicó este roce continuo con los cultos árabes españoles, ya en los sangrientos campos de batalla, ya durante el reposo pasajero de las treguas; todos estos y otros muchos elementos diversos que concurrieron á formar el carácter español, se ven reflejados con notable verdad y exactitud en el teatro. Allí también con ingenioso artificio vemos separados oportunamente, pero no divorciados, los intereses y los instintos de las diversas clases sociales.—Los movimientos generosos, las virtudes caballerescas, el sentimiento exagerado del honor, el misticismo novelesco del amor platónico, el culto fantástico, y en cierto modo idólatra á la mujer; en una palabra, la poesía y el idealismo son generalmente en nuestras antiguas comedias patrimonio de los personajes pertenecientes á las clases elevadas. Por el contrario, la bellquería y la malicia, el amor lascivo y los instintos groseros, la realidad, en fin, de las cosas bajo su forma mas prosaica y descarnada, está allí siempre compendiada en los individuos inferiores, formando un continuo contraste, mezclándose y confundiéndose á cada paso como en la vida real todos estos diversos elementos, y presentando una serie completa de cuadros interesantes; donde, dejando á un lado los vicios de locución, los anacronismos, errores científicos y otros lunares que á veces los afean, hallará siempre el hombre estudioso una rica mina de sensaciones agradables y de datos interesantes para el conocimiento de la historia y del teatro español.

Es innegable que aquellos elementos se han modificado considerablemente desde entonces; que las costumbres actuales son diferentes, los principios políticos diversos, nuevo en una palabra el carácter de la civilización. No puede negarse tampoco que se hallan absorbidas hoy todas las clases por el inmenso mar de la clase media, á la cual ha descendido la elevada, y se han elevado las inferiores, y donde bajo el engañoso disfraz de un *frac* nivelador se codean, se empujan, se agitan y revuelven todas confusamente. Esto contribuye sin duda á que hoy sea mas monotono el aspecto de nuestra sociedad, y ménos expresiva á primera vista su fisonomía. Pero hay en medio de esto, entre otros varios, un hecho incuestionable que la caracteriza y distingue: su tendencia al refinamiento y ensanche de los goces de la vida.

Difícil sería averiguar el término probable á donde conduce este camino, y resolver acertadamente de antemano el complicado problema de «si para la sociedad en general, y para cada uno de sus individuos queda ó no algún residuo positivo de verdadera felicidad en el refinamiento y ensanche de tales goces despues de tomados en cuenta los sacrificios, las convulsiones, la agitación, la zozobra, que á la primera le cuesta; y los afanes, las angustias, el ansia y los deseos inmoderados en que se precipitan los segundos para alcanzarlos, estimulados, impelidos, subyugados por el movimiento vortiginoso y febril que los arrastra.»

Pero dejando esta averiguación á los filósofos y moralistas, y supuesto que la sociedad es indudablemente distinta, tendrán razón los que aseguran que el drama de nuestro antiguo teatro es imposible? La tendrían si se tratara de reproducirle ahora con todo lo que era en él condicional y transitorio. No se trata sin embargo de semejante cosa: tómese únicamente lo bueno y bello que contiene, y que es aplicable á todos los tiempos y circunstancias; la lozanía de imaginación con que está ideado, la nobleza y la verdad de muchos caracteres y situaciones, la fecundidad de la invención, la versificación armoniosa: huyase del gongorismo que le oscurece en ocasiones, del descuido y desaliño que le afea algunas veces, y de todos los demás defectos que en él ha señalado la crítica juiciosa y concienzuda; y de seguro quedará todavía una inmensa riqueza que beneficiar en aquel riquísimo venero.

En él han encontrado los extranjeros inspiraciones felices á que deben en gran parte muchos de ellos su gloria y su renombre.—Los que han sido bastante grandes para no avergonzarse de esta confesión, lo hicieron francamente: otros se aprovecharon en silencio de nuestros tesoros, y algunos en recompensa nos han llamado bárbaros.

¿Porqué, pues, no harémos nosotros con mucha mas ventaja y facilidad lo que han hecho los extranjeros? Ellos, con los elementos de nuestro antiguo teatro, á quien se le echa en cara que representaba ideas muertas y una sociedad que ya no existe, han fabricado tragedias y comedias admirables que aun excitan el entusiasmo de la generación actual.—Ellos, aprovechándose de nuestros dramas, proscritos en masa y calificados de *spectacle barbare* por uno de los mas rígidos Aristóteles, han dado á la escena, sin mas trabajo que copiarlas literalmente algunas veces, producciones ajustadas perfectamente á todas las reglas, de cuya infracción nos acusaba tan duramente el mismo preceptista, nuestro injusto detractor.

Por desgracia las pasiones y los vicios de la humanidad serán siempre los mismos. Las diferencias que puede presentar en diversas épocas ó países, son únicamente accidentales, y no pasan de la forma exterior, porque sería preciso en otro caso que cambiaran la naturaleza y la organización del corazón humano.—Estudiando este profundamente, estudiando también la sociedad contemporánea en sus costumbres, en sus leyes, en sus preocupaciones, en el conjunto, en fin de todos los elementos que la caracterizan y distinguen, estudiando

al mismo tiempo el teatro antiguo para aprovechar lo que en él existe digno de imitación, con talento para idear los planes, con paciencia para desenvolverlos, con un gusto delicado para no extraviarse en la elección de los medios y recursos dramáticos, con imaginación bastante para impresionar vivamente el ánimo y castigar el interés de los espectadores, es indudable que pueden hoy hacerse muy buenas comedias que den honra y provecho á sus autores, acrecentando la gloria de que goza la patria de Lope y Calderón. Ejemplos recientes, aunque no muchos, han demostrado esta verdad.—Si hubiera quien creyese excesivo el número de requisitos y circunstancias de que queda hecho mérito como indispensables para obtener aquel resultado, y que su observancia dificulta demasiado la ejecución, que recuerde aquella pregunta con que uno de nuestros primeros literatos, eminente autor dramático, justamente célebre y aplaudido, responde á una objeción semejante: *¿Y quién ha creído hasta ahora que sea cosa fácil escribir una excelente comedia?»*

NICOLÁS SUAREZ CANTON.

Madrid 20 de julio de 1853.

Hace mucho tiempo se habia notado que el mar Báltico arrojaba á las costas de la Curlandia, principalmente á la orilla occidental, algunos pedazos de ámbar, pero sueltos y en tan corta cantidad, que nadie se habia tomado el trabajo de recogerlos; pero en el día se acaba de descubrir en el mismo país otra fuente mas abundante de esta riqueza. Existe un lago (cerca del lago de Angersche) situado en la costa oriental de la Curlandia, no lejos del golfo de Riga, entre el 57° 40' y el 57° 20' de latitud norte, de dos millas y media de ancho y de dos verstes de largo, (2 kilom. 0,134 l.) que recibe muchos arroyuelos, de los cuales uno dirige una de sus corrientes hácia el Sur, formando así la comunicación que une el lago con el golfo de Riga. Hace mucho que se está trabajando para destruir esta ramificación, así como el lago de Angersche, cuyos terrenos se desean consagrar á la agricultura.

Esta obra es igual á la que se ejecutó para otro lago llamado el *Wiobal*, que corre hácia el Norte en una longitud de cinco ó seis verstes, cuyas aguas se encaminaron hácia un ancho y profundo canal, donde no tardó á precipitarse con toda su masa líquida, de suerte que, en 1839, se hallaba completamente seco, y en el día es aquello una llanura de las mas fértiles. Lo mismo se quiere hacer con el lago de Angersche. Ahora bien, cavando la tierra cerca de la ramificación del arroyuelo de que hemos hablado, se encontraron pedazos de ámbar, y poco despues se hizo el mismo descubrimiento en las orillas del lago de Angersche. Se ignora á quien se debe este hallazgo, que al principio quedó en secreto, porque como este lago es propiedad de la corona, los que cogían esta preciosa materia la vendían á escondidas y á bajo precio.

Pero era imposible que esto permaneciera oculto mucho tiempo; la avaricia llevaba á las orillas del Angersche á todos los habitantes jóvenes ó viejos, de modo que los curas viendo vaciar las iglesias, no sabían á que atribuir esta falta de sus feligreses. En una palabra, el lago se volvió para los aldeanos de la comarca una California en pequeño. Segun cuentan los periódicos de aquellos países, parece que los mercaderes judíos han gastado ya en la compra de ámbar mas de 4,000 rublos de plata. Los pedazos de ámbar son generalmente transparentes, y hay algunos tan gruesos, que se pagan á 5 y á 6 rublos de plata. Se han encontrado varios que tenían en su rostro insectos alados.

Leemos en el *Eco del Pacifico* del 25 de mayo:

«Existe en la California, en uno de los montes del condado de Calaveras, á unas 20 millas de Murphys, un cedro que pasa por el árbol mas grande que hay en el mundo. Un corresponsal del *Herald* de Bonora, que ha examinado últimamente este prodigio del reino vegetal, lo describe en estos términos:

«A flor de tierra, su circunferencia es de 92 piés; á cuatro piés de altura tiene 88; á catorce 61, y luego va adelgazándose gradualmente. Su elevación total es de 155 piés, sin que por esto sea defectuoso, como suelen serlo la mayor parte de los árboles que tienen troncos enormes. Por el contrario, este cedro, de un extremo á otro, es un modelo de simetría, de elegancia y de gracia, y sus proporciones colosales no despiertan en el alma del espectador mas que ideas graciosas y sublimes.

» Este cedro gigantesco tiene 2,320 años contados por cada una de sus zonas. Si le dejan vivir, su diámetro debe aumentar una séptima parte de pulgada por año. Así pues, en 84 años, su diámetro podrá aumentar doce piés, de modo que en esta última época tendría un diámetro de 40 piés, y una circunferencia de 120.

» Este rey de los bosques se va á quedar desnudo; ya han principiado á quitarle la corteza, que en la base tiene unas 14 pulgadas de grueso, para enviarla por pedazos de unos 50 piés de altura á la Exposición universal de Nueva York.»

WALS.

Piano.

The musical score consists of ten systems of piano notation, each with a treble and bass clef. The key signature is B-flat major (two flats). The time signature is 3/4. The score includes various dynamics such as *FF*, *P*, *pp*, *f*, and *ppp*. Performance instructions include *ped.* (pedal), *brillante.*, and *grazioso.*. The notation features complex chordal textures and melodic lines, with some passages marked with accents and slurs.

This page contains ten systems of musical notation for piano. Each system consists of a grand staff with a treble and bass clef. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, accidentals, and dynamic markings. Performance instructions like 'ped.' (pedal) and 'loco.' (loco) are used throughout. The dynamics range from *pp* (pianissimo) to *fff* (fortississimo). The piece concludes with a double bar line and a final *fff* dynamic marking.

Procédés d'E. DUVERGER.

La hija de Rapaccini.

CUENTO FANTASTICO DE NATHANIEL HAWTHORNE.

Como consecuencia de este incidente, nuestro joven abandonó durante muchos días la ventana que daba al jardín del médico Rapaccini, como si temiera ver alguna cosa horrible y monstruosa por aquella parte. Conocía que se había entregado hasta cierto punto a la influencia de un poder incomprendible con la comunicación que había tenido con Beatriz.

Lo más discreto era, si su corazón corría un peligro real, á salir inmediatamente de su habitación y de Padua; ó bien, viendo á Beatriz todos los días, acostumbrarse á considerarla como á otra joven cualquiera; pero lo peor que Giovanni podía hacer, era permanecer cerca de aquella criatura extraordinaria, evitando el verla; porque esta proximidad y la posibilidad de entrar en relaciones con ella, no podían menos de dar cierta importancia y realidad á las fantasías que inventaba su caprichosa imaginación.

Guasconti no tenía un corazón profundo, — á lo ménos no había sondeado todavía su profundidad, — pero estaba dotado de una imaginación viva y de un ardiente temperamento del Mediodía que aumentaban á cada paso su fiebre sofocante. ¿Poseía ó no poseía Beatriz ese aliento mortal, esa afinidad con flores tan terribles á pesar de su magnificencia, y que parecían indicar las cosas que Giovanni había presenciado? Lo positivo es que ella le había infiltrado en todo su sér un veneno sutil y violento. No era amor, aunque le hubieran vuelto loco la espléndida belleza de la joven; no era horror, no, aun cuando se imaginaba que el alma de Beatriz estaba penetrada de la misma esencia venenosa que parecía circular en su cuerpo; era un producto salvaje del amor y del horror, que reunía estas dos pasiones madres, que abrasaba como el uno y hacia estremecer como el otro.

Giovanni no sabía lo que debía temer, y ménos aun lo que debía esperar; pero el temor y la esperanza se libraban en su corazón una batalla continua, consiguiendo alternativamente la victoria, y reponiéndose despues de cada derrota para volver á comenzar la lucha. Toda emoción de alegría ó tristeza puede ser un bien para nosotros, si es simple; pero la terrible mezcla de dos emociones contrarias enciende las lúgubres llamas de las regiones infernales.

Algunas veces intentaba calmar la fiebre de su espíritu recorriendo las calles de Padua, ó paseándose fuera de la ciudad; pero como sus pasos llevaban el compás con los latidos de su cerebro, el paseo degeneraba frecuentemente en una carrera rápida. Un día se vió detenido; un hombre grueso, que se había vuelto al reconocerlo, y casi se había sofocado por alcanzarlo, lo cogió por el brazo.

— ¿Señor Giovanni?... ¡párese Vd., amigo mio! le gritó. ¿No me conoce Vd.? No me extrañaría si yo estuviera tan cambiado como Vd.

Era Baglioni, de quien huía Giovanni desde su primera entrevista, temiendo que la penetración del profesor adivinase sus secretos. El joven hizo un esfuerzo para ponerse sobre sí, echó una ojeada de su mundo interior al exterior, y despues respondió como quien sueña.

— Sí, yo soy Giovanni Guasconti, y Vd. es el profesor Pietro Baglioni. Ahora permítame Vd. seguir...

— No tan pronto, señor Giovanni Guasconti, dijo el profesor sonriéndose, y procurando penetrar el pensamiento del joven. ¿Cómo! ¿yo he sido compañero de infancia y juventud del padre, y el hijo pasaria delante de mí como un extranjero por estas calles antiguas de Padua! Espere Vd., Giovanni, porque tenemos un poco que hablar ántes de separarnos.

— ¡Pronto pues, muy digno profesor, pronto! replicó Giovanni con febril impaciencia. Puede Vd. conocer que estoy muy de prisa.

Ahora bien, mientras que él hablaba, acertó á pasar por la calle un hombre vestido de negro, encorvado, y andando con dificultad, como un enfermo. Aunque su rostro era pálido como el de un cadáver, reinaba sin embargo en él una expresión de inteligencia activa, que un observador podía fácilmente cerrar los ojos sobre los síntomas de debilidad física para no ver más que aquella prodigiosa energía. Aquel hombre cambió un saludo frío con Baglioni, pero fijó la vista en Giovanni con una penetración que pareció que había descubierto cuanto era en él digno de atención. No obstante, había en aquella mirada una calma particular, como si el desconocido no viera en el joven un objeto de interés especulativo sin mezcla de humano.

— ¡Ese es el médico Rapaccini! murmuró el profesor despues que hubo pasado. ¿Le ha visto á Vd. ántes de ahora?

— No, que yo sepa, respondió Giovanni, á quien hizo estremecer aquel nombre.

— ¡De fijo le ha visto á Vd., no hay remedio! repuso Baglioni con precipitación. Ese sabio no le ha examinado á Vd. así sin objeto. ¿Conozco aquella mirada! Es la que ilumina friamente su cara, cuando se inclina hácia un pájaro, un ratón, una mariposa, muertos por el perfume de una de sus flores; es una mirada tan profunda como la misma naturaleza, pero que carece del fuego y el amor que esta posee. Señor Giovanni, apostaría mi vida á que Rapaccini ensaya en Vd. uno de sus experimentos.

— ¿Me quiere Vd. volver loco? gritó Giovanni irritado. Rapaccini habría hecho mala elección.

— ¡Paciencia, paciencia! replicó el imperturbable

profesor. Yo te digo, pobre Giovanni, que Rapaccini te mira como un objeto de interés científico. ¿Has caído en manos terribles! ¿Y la señora Beatriz? ¿qué papel representa en este misterio?

Pero Guasconti no pudiendo soportar la terquedad de Baglioni, se soltó de sus uñas, y echó á correr sin dar tiempo al profesor para que volviera á cogerlo por el brazo. Baglioni siguió al joven con la vista, y sacudió la vista murmurando:

— Eso no. El joven es hijo de un antiguo amigo mio, y no quiero que le suceda una desgracia, que pueden estorbar los secretos de mi ciencia. ¡Y además es una desvergüenza intolerable que quiera arrancarme Rapaccini de las manos, por decirlo así, á ese muchacho, para ensayar en él sus infernales experimentos su hija!... estaré alerta. ¡Tal vez, doctísimo Rapaccini, os haga yo fracasar dónde ménos lo esperabais!

Entretanto, Giovanni había dado un rodeo, y se hallaba por fin á la puerta de su alojamiento.

Al cruzar el umbral, encontró á su vieja Lisabetta, que sonreía afectadamente, y deseaba, á no dudarlo, llamar su atención; pero fué en vano, porque la fervescencia de los sentimientos de Giovanni había sido reemplazada por una triste y fría indiferencia. Fijó los ojos en el rostro arrugado que le sonreía, pero sin que diera señales de apercebirse. Entónces la vieja le tiró de la capa.

¡Señor! ¡Señor!... murmuró ella, siempre con la sonrisa en su ancha boca, que la hacía aparecer á una de esas grotescas figuras esculpidas en madera, que han engendrado los siglos. ¡Escuche Vd., señor!... ¡Hay una puerta secreta para entrar en el jardín!

— ¿Qué dice Vd.? exclamó Giovanni volviéndose de repente. ¿Una puerta para entrar en el jardín de Rapaccini?

— ¡Chist! ¡chist! ¡no tan alto! murmuró Lisabetta, cerrándole la boca con la mano. Sí, en el jardín del respetable médico, y podrá Vd. ver todas sus flores. Muchos jóvenes de Padua darían doblones por entrar en él.

Giovanni le puso una moneda de oro en la mano.

— Enséñeme Vd. el camino, le dijo.

Una sospecha, nacida quizá de la conversación con Baglioni, cruzó su imaginación. Tal vez esta intervención de Lisabetta tenía relación con la intriga misteriosa que segun el profesor urdía Rapaccini contra él. Pero á pesar de turbarlo, esta sospecha no contuvo á Giovanni. Desde el momento en que vió la posibilidad de acercarse á Beatriz, se le figuró que se veía forzosamente obligado á hacerlo. ¿Qué le importaba que fuera un ángel ó un demonio? El se sentía irresistiblemente atraído á su órbita, y no podía evitar la ley que lo obligaba á describir al rededor de ella círculos más y más estrechos, hasta que llegara á un resultado que ni siquiera procuraba prever. Y sin embargo, ¡cosa extraña! le ocurrió una duda repentina: si este ardiente interés que sentía hácia Beatriz no era ilusión, — si era verdaderamente bastante profundo y real para disculpar la temeridad que lo arrastraba á una situación de incalculables consecuencias, — si no era simplemente un capricho de joven que no tenía nada, ó casi nada de común con el corazón.

Se detuvo, ¡vaciló!... retrocedió un poco... pero continuó su camino.

Su guía le hizo atravesar muchos sombríos corredores, y le abrió por fin una puerta que le mostró hojas mecidas que alumbraba el sol. Giovanni atravesó el umbral, y abriéndose paso á través de las revueltas ramas de un arbolito, que cubrían la puerta secreta, se encontró debajo de la ventana de su cuarto en el jardín de Rapaccini.

¡Cuántas veces sucede que cuando se han desvanecido ciertos imposibles, y se han condensado los sueños en realidades tangibles, nos sentimos tranquilos y llenos de sangre fría en medio de circunstancias, cuya sola prevision nos había hecho delirar de alegría y dolor! El destino se complace en burlarse así de nosotros. La pasión escoge el instante que le acomoda para salir á la escena, y no lo verifica cuando parece que la situación lo requiere. Esto le sucedió á Giovanni. Todos los días, su sangre encendida había hecho latir su pulso con la idea improbable de una entrevista con Beatriz, de una conversación á solas con ella en el jardín, en la que, animado con el brillo oriental de su belleza, podría sorprender en sus miradas el misterio que él creía el enigma de su propia existencia. Y en este momento reinaba en su corazón una calma singular é intempestiva. Paseó sus miradas por el jardín, y no viendo ni á Beatriz ni á su padre, se puso friamente á examinar las plantas.

El aspecto de todas y cada una de ellas le disgustó; su magnificencia le parecía violenta, apasionada contra naturaleza. Escasamente había un arbusto que no hubiera asustado á un viajero cruzando la selva, porque le hubiera parecido que una figura de otro mundo le lanzaba una mirada terrible. Otros hubieran herido su sensibilidad con su aire artificial, indicando que había habido en él tal mezcla, iba á decir, tal adulterio de vegetales de diversas especies, que su producto no era ya un sér criado por Dios, sino un monstruoso vástago de la imaginación depravada del hombre, brillando con una belleza funesta y falaz. Aquellas plantas eran probablemente el resultado de experiencias, que habían llegado á veces á formar por la alianza de dos hermosos individuos, un compuesto que poseía el carácter siniestro y misterioso que se revelaba en todo cuanto crecía en aquel jardín. Finalmente, Giovanni no conoció más que dos ó tres plantas en toda la colección, y

aquellas eran de una especie muy venenosa. Mientras estaba ocupado en este exámen, oyó el crujido de un vestido de seda, y volviendo la cabeza, apercebió á Beatriz que salía por la portada esculpida.

Giovanni no había pensado que es lo que haría en tal coyuntura. ¿Se disculparía de haber entrado en el jardín, ó admitiría el hecho como consentido por el médico Rapaccini ó su hija? Pero los modales sencillos de Beatriz lo tranquilizaron, dejándole dudar, sin embargo, el motivo de su entrada. Ella siguió alegremente el sendero, y halló al joven junto á la fuente. La sorpresa se retrataba en su fisonomía, pero mezclada de afabilidad y contento.

— Le gustan á Vd. las flores, le dijo con una sonrisa, y aludiendo al ramillete que le echó por la ventana. Por eso no me extraña que haya querido Vd. ver la colección de mi padre. Si se hallara aquí le podría decir á Vd. muchas cosas acerca de las extrañas propiedades de estas plantas, á cuyo estudio se ha consagrado exclusivamente.

— También Vd., señorita, á ser cierto lo que se dice, conoce las virtudes de estas magníficas flores y de estos perfumes penetrantes. Si tuviera Vd. la bondad de ser mi profesor, creo yo que haría más progreso que con el mismo señor Rapaccini.

— ¿Se ocupan las gentes de cosas tan fútiles? preguntó Beatriz con una risa fresca y musical. ¿Dicen que conozco la ciencia de mi padre? ¡vaya una chanza! No, aunque me he criado en medio de estas flores, no distingo más que sus colores y perfumes, y á veces creo que renunciaría hasta esta poca ciencia. Hay aquí flores, y no las más hermosas, que me incomodan y ofuscan cuando las veo. Pero le ruego á Vd. que no crea lo que dicen de mi ciencia. No crea Vd., con respecto á mí, más que lo que Vd. vea con sus propios ojos.

— ¿Y debo creer todo lo que he visto con ellos? preguntó Giovanni, temblando con el recuerdo de las escenas que había presenciado. No, mándeme Vd. creer solo lo que Vd. me diga.

Beatriz debió comprenderlo, un rojo carmin subió á sus mejillas; pero miró á Giovanni, y le respondió con el orgullo de una reina:

— Sí, se lo mando á Vd.; olvide Vd. cuanto se haya imaginado. Lo que le ha parecido á Vd. cierto, puede ser falso. Pero mis palabras son la expresión de un corazón que no sabe fingir. ¡Créale Vd.!

Su fisonomía encendida brilló á los ojos de la conciencia de Giovanni como la luz de la verdad. Y mientras hablaba se esparcía en torno suyo un delicioso perfume, aunque efímero, que el joven preocupado osaba apenas respirar. Tal vez era el olor de las flores. ¿Podía el aliento de Beatriz perfumar de tal modo sus palabras? Giovanni estuvo un instante á punto de desmayarse, pero su debilidad pasó como una sombra; le pareció que leía á través de los ojos de aquella encantadora criatura hasta el fondo de su alma, y ya no sintió ni dudas ni temores.

El carmin enojoso de Beatriz había desaparecido; púsose alegre, y pareció que las relaciones con Giovanni le causaban una alegría, semejante á la que sentiría la doncella que habitara una isla desierta, conversando con un viajero del mundo civilizado. Evidentemente su experiencia de la vida no traspasaba los muros del jardín. Hablaba de cosas tan sencillas como la luz del día y las nubes del estío, y hacia, acerca de Padua, ó la lejána patria de Giovanni, sus amigos, su madre, sus hermanas, preguntas que indicaban tal ignorancia del mundo, que Giovanni le respondía como á un niño.

Su alma se desplegaba como un fresco riachuelo que ve la luz por la primera vez, admirando los reflejos de la tierra y el cielo que embellecen sus aguas. Tenía también pensamientos que salían como de un manantial profundo, é imágenes brillantes como la pedrería, como rubíes y diamantes que resplandecieran en los borbotones de la fuente. A ratos se sorprendía el joven contemplándose en el jardín con aquella á quien había prestado colores tan terribles, y cuyas cualidades se le habían ofrecido de una manera tan terrorífica. ¿Era él mismo quien hablaba con Beatriz como si fueran hermanos? Pero sus reflexiones no duraban más que un instante, porque el efecto del carácter de Beatriz era muy positivo para que no se familiarizara en seguida con él.

Despues de circular con tan dulce intimidad por el jardín, se encontraron de nuevo en la fuente que tenía junto á ella el arbolito de las brillantes flores. El perfume que exhalaba era el mismo que Giovanni había atribuido al aliento de Beatriz, sino que el del árbol era más fuerte. Cuando Beatriz lo miró, Giovanni observó que ponía la mano sobre su corazón como si hubiera sentido repentinamente latidos dolorosos.

— La primera vez de mi vida, dijo ella, que te he olvidado.

— Recuerdo, señorita, que me prometió Vd. un día uno de esos vivos rubíes en cambio del ramillete que tuve la feliz temeridad de arrojar á vuestros pies. Permítame Vd. coger una de esas flores para recuerdo de esta entrevista.

Con la mano extendida se dirigió al arbusto, pero la joven se le puso delante, dando un grito que atravesó como un puñal el corazón de Giovanni. Le cogió la mano y se la retiró con todo el vigor posible en una persona débil. El temblor de la mano de Beatriz hizo estremecer todas las fibras de Giovanni.

— ¡No lo toque Vd.! exclamó ella angustiada, aun cuando se tratara de su vida!... Esa planta es fatal.

Y cubriéndose el rostro, huyó y desapareció por la portada esculpida.

Siguiéndola Giovanni con la vista, vió al flaco y pálido Rapaccini oculto en la sombra del tiempo. ¿Cuanto tiempo haría que estaba allí?

Apénas se halló Guasconti en su cuarto, se juntó en su imaginación acalorada la figura de Beatriz con todos los dones que había descubierto en ella, y los dulces sentimientos de que se hallaba dotada. Adornada con todas las amables cualidades de la mujer, era digna de ser amada, y capaz por su parte de todo el heroísmo del amor. Los que había considerado como pruebas de una terrible singularidad de su naturaleza física y moral, los había condenado al olvido, ó la sutil lógica de la pasión los había transformado en una corona de oro, que realizaba aun más á Beatriz. Lo que le había parecido abominable, se había convertido en nuevos encantos, ó se perdía entre los pliegos de esas ideas vagas y sin forma que llenan las oscuras regiones que se extienden por mas allá de aquellas que son perfectamente conocidas.

Así pasó Giovanni la noche, sin dormirse, hasta que el alba comenzó á despertar las flores del jardín de Rapaccini, probablemente para soñar con ellas. El sol se levantó á la hora de costumbre, é hiriendo con sus rayos las pupilas del jóven, lo despertó para que resintiera un dolor. Porque pronto notó un picor ardiente en la mano derecha, la mano que Beatriz le cogió cuando quiso cortar la flor de púrpura. En el dorso de la mano tenía una marca roja, como el sello de cuatro dedos preciosos, y el del pulgar en la muñeca.

¡Oh! ¡con qué tenacidad el amor,—ó la apariencia de amor que florece en nuestra imaginación sin echar raíces en nuestro corazón,— con qué tenacidad guarda la fe hasta que llega el momento en que debe desvanecerse como un vapor ligero! Giovanni se puso un pañuelo en la mano, se puso á pensar que insecto le habría picado, y olvidó muy pronto su dolor pensando en Beatriz.

Después de la primera entrevista, lo que llamamos el destino, no podía prescindir de presentar la segunda, luego la tercera, la cuarta, hasta que la reunión con Beatriz en el jardín dejó de ser un accidente para ser la vida entera de Giovanni; porque el aguardar primero, y el recuerdo después, ocupaban el resto de ella. Lo mismo le sucedía á la hija de Rapaccini. Espiaba la aparición del jóven y corría hácia él con tanta familiaridad como si hubieran sido compañeros de infancia y lo fueran todavía. Si por casualidad no acudía á la hora concertada, se situaba debajo de su ventana, y hacia subir hasta su cuarto los melodiosos acentos de su voz, que hallaba siempre un eco en su corazón: — ¡Giovanni! ¡Giovanni! ¿porqué tardas? ¡Baja! — Y él se apresuraba á bajar al eden de venenosas flores.

Pero á pesar de esta intimidad, había en la conducta de Beatriz una reserva tan rígida, que la idea de quebrantarla se presentaba escasamente á la imaginación de Giovanni. Según todos los indicios se amaban; sus miradas habían trasportado el secreto de su amor de un corazón al otro, como si fuera demasiado santo para ser murmurado; habían también hablado de amor con efusiones apasionadas, en que su alma salía mezclada con las palabras, semejantes á las lenguas de un fuego mucho tiempo oculto; y sin embargo no había habido ni un beso, ni un apretón de manos, ninguna de las tiernas caricias que santifica la pasión. Jamás había tocado Giovanni un rizo de la cabellera de Beatriz, jamás su vestido, agitado por la brisa, no había rozado el de Giovanni. En las pocas ocasiones en que parecía que Giovanni quería traspasar esta barrera, Beatriz se ponía tan triste, tan severa, que no tenía necesidad de pronunciar una palabra para contenerlo. En aquellas ocasiones se estremecía él con las sospechas que salían, como otros tantos monstruos, de las cavernas de su pecho, para mirarlo cara á cara; su pasión se debilitaba; solo sus dudas tenían consistencia. Pero cuando un poco mas tarde se serenaba Beatriz, dejaba esta de ser la criatura misteriosa á quien miraba con tanto terror, para volver á ser la hermosa y sencilla jóven á quien conocía mejor su espíritu que á ninguna otra cosa del mundo.

(Se continuará.)

En una carta escrita en lo mas recóndito de la Siberia, se dice que la navegación aérea acaba de recibir en aquellos países una aplicación sumamente curiosa. No se trata, como vamos á ver, de la dirección de los globos, sino de una cosa mas útil y positiva.

La enorme cantidad de agua, dice la carta, producida por el deshielo de las nieves, ocasiona en la primavera grandes inundaciones, porque se salen de madre los ríos que tienen su nacimiento en el Ural, y de esto se origina una interrupción de comunicaciones entre las muchas fábricas de la Siberia. Tratábase, pues, de mantener la comunicación durante el deshielo entre dos grandes fábricas situadas en el mismo Ural, á distancia de tres *verstes* y media, y separadas entre sí por un riachuelo, que por esta época se aumenta hasta llegar á ser un río formidable, de cerca de una *verste* de anchura; toda comunicación había cesado durante muchas semanas, y por consiguiente los trabajos se hallaban interrumpidos.

He aquí ahora el medio que se pensó para allanar este grave inconveniente, es decir, para que los trabajadores de ambas fábricas pudieran seguir en relaciones, hasta el punto de poder trasladarse en persona, en lo mas fuerte de la inundación de Verkné-Mnisloff á Nijné-Mnisloff. Sobre cada una de estas fábricas, á la altura de unos 200 metros, se colocó un globo de grandes dimensiones sostenido por tres gruesas cuerdas, con una maroma en cada uno que bajaba del globo á la fábrica opuesta, donde se fijó en un madero puesto de intento. Además, entre los dos puntos de unión; la maroma se hallaba sostenida por tres globos intermedios.

Por la maroma principal corre una garrucha que lleva colgando una ligera barquilla de hierro batido, donde pueden ir cómodamente hasta tres personas. La garrucha obedece á dos cuerdas que parten de las dos puntas opuestas, para atraer la barquilla por ambos lados. La cuerda destinada á mover la garrucha que baja por la maroma, libre del vehículo, pasa por otra garrucha mas pequeña adherida á la parte inferior del globo, de modo que las dos cuerdas, así como la garrucha á que están atadas, reciben el movimiento de la tierra firme.

La garrucha principal lleva además otra garrucha secundaria, á cuyo beneficio se sube fácilmente la barquilla donde van los viajeros, los cuales deben después fijar las cuerdas de las garruchas, cuando llegan á la debida altura. La barquilla lleva un paracaídas para preaver las desgracias.

La fuerza del hombre lo hace aquí todo, y la invención ha producido hasta el día los mejores resultados. Los globos se hinchan con el gas hidrógeno que sacan de la turba, muy abundante en aquellos sitios.

Sobre el Simplon.

Empezaba á rayar el alba, y el cielo estaba sereno, cuando me encaminé por la pendiente del Simplon, al través de los bosques salvajes y hermosos que rodean el camino en sus revueltas, y á veces con el sentimiento de tristeza que acompaña la partida de una amiga, me volvía para dirigir una mirada de despedida al Ródano, á ese gran río cuyas aguas majestuosas iban á recorrer la Francia. Pronto dejé de verle, y mi pensamiento se absorbió en la contemplación de los cuadros magníficos que se extendían ante mí. Mi vista se perdía en aquellos abismos á cuyo fondo quería bajar, en aquellos picos á cuyas cimas quería llegar, y en aquel camino suspendido por el hombre en el costado de la montaña y sobre los precipicios mas espantosos. Corría el tiempo sin que pudiese yo contarle, y seguía andando silencioso. La vegetación había desaparecido gradualmente, la montaña se había transformado en árida y desnuda, el horizonte se había limitado, y el ruido del valle ya no se oía. Todo era soledad á mi alrededor. Además las nubes habían bajado: el viento hacia oír sus silbidos siniestros en las cimas de los picos que azotaba: el cielo bajó mas aun, mi cabeza se hallaba en las nubes, y una niebla espesa extendió su velo gris á mi alrededor. Una brisa fría y húmeda agitaba mis cabellos, y esta tristeza indefinible de la naturaleza, aumentada por el ruido de un torrente y los chirridos melancólicos de un carro á lo lejos, me habían sepultado en meditaciones sombrías y religiosas.

¡Ah! ¡qué pequeño y miserable se considera el hombre cuando se encuentra cara á cara con aquellos colosales inmutables cuyas cimas han ennegrecido los siglos, y que con el desprendimiento del mas mínimo trozo le aplastarian! Allí mejor que en ninguna parte se comprende lo que vale la vida, y se conoce lo insensatos que son todos los sueños de gloria y de porvenir, al pensar que la gloria y el porvenir de un hombre habrán concluido antes que el agua que se destila de aquellas nieves se seque, antes que el musgo haya cesado de cubrir la tosca corteza de aquellas piedras, y antes de que los ángulos agudos de las rocas se hayan redondeado por el esfuerzo de las aguas del torrente. Hubo un momento en que me sentí dominado por un terror involuntario; la imaginación, extraviada en concepciones extrañas, se creaba fantasmas absurdos; sentí mi pecho oprimido por una de esas impresiones penosas que no se pueden explicar: en fin, tenía miedo al hallarme solo en medio de los efectos mas sublimes de la naturaleza. Pero á corta distancia, en un hueco de la montaña, una cabaña dejaba escapar de su techo de paja algunos torbellinos de humo; cerca de ella jugaban algunos niños, pasaban algunas cabras, una vaca agitaba el cercero de su collar, el agua de una fuente murmuraba escapándose de un caño de madera, y algunos pájaros revoloteaban cantando, pero su canto era tan triste... ¡Pobrecitos! ¡estaban tan lejos de las flores y de la vegetación! — Volví á encontrar vida y animación á mi alrededor, y sentí un alivio indecible. Mientras contemplaba aquellos niños y todos aquellos seres cuya tranquilidad se iba reflejando en mi alma, llegó un viajero.

Era jóven como yo; su fisonomía y su porte llevaban esa especie de sello que revela siempre en el hombre, á primera vista, la noble cuna ó la buena educación. Cambiamos una mirada cuya interpretación no podía ser dudosa, y caminamos juntos. Cuando la compañía de los hombres nos ha faltado por un momento siguiera, experimentamos una necesidad imperiosa de volverlos á hallar, de aproximarnos á ellos; la confianza

se tiene entonces por instinto, y el instinto de la conservación de dos seres reunidos por la casualidad en medio de un paisaje desierto, usurpa toda la forma de una amistad antigua. Nuestra conversación no tuvo pues los inconvenientes de un estudio preliminar, porque fué íntima desde el primer momento.

Hacia pocos instantes que nos conocíamos, cuando al pasar por delante de la capilla de una *Madonna*, colocada á la orilla del camino, vi que mi compañero se quitó el sombrero, se arrodilló devotamente, y pronunció una oración breve. Aunque no pude ménos de imitarle, conocí en mi fisonomía la sorpresa que me causara esta acción, y apoyándose en mi brazo, me dijo: « Esto es una historia, y se la voy á referir á Vd.

« Hace unos cuatro años que algunos artistas atravesaban esta montaña por ir á pedir á la Italia sus inspiraciones y sus modelos. ¡Estaban por cierto bien alegres! Todos desafiaban á la nieve que blanqueaba sus vestidos, y al fastidio que no se atrevía á penetrar en el seno de aquella ruidosa caravana. Al llegar cerca de esta misma capilla encontraron á unos leñadores ocupados en levantar el cuerpo ensangrentado de un adolescente, contraído por la muerte y por el frío. ¡Desgraciado! una mano criminal le había herido de muerte cuando daba los primeros pasos en el sendero de la vida, porque su rostro estaba imberbe aun, y la muerte no había podido marchitar completamente el color rosado de sus mejillas. Aquella escena ha dejado en mi memoria recuerdos que nunca se borrarán: asistí á ella.

» Deseoso de ver y de aprender, confiado y lleno de esperanzas, feliz, porque era bastante rico y tenía una madre que le quería entrañablemente, Alberto había salido á recorrer el mundo con un amigo que había sido su compañero de colegio, con quien partía sus alegrías, sus fatigas y su bolsa, y que en cambio le había prometido protegerle. Aquel amigo, que se llamaba Leon, tenía veintifres años. Había nacido entre el vicio y la miseria, y si hubiera examinado con detención su fisonomía, se hubiera podido conocer que aquella mancha original había dejado en su alma un germen que solo esperaba una ocasión propicia para desarrollarse. La educación que había recibido, merced á una filantropía bondadosa, lejos de destruir sus inclinaciones funestas, solo había añadido un nuevo estímulo, dándole un sentido mas para percibir el veneno de la envidia baja y cruel que devoraba su corazón. Pero dotado de mucha energía y de un gran dominio sobre sí mismo, de una madurez precoz, de una serenidad poco común, había conseguido engañar á las personas mas perspicaces; tenía la fama de ser un jóven juicioso, modesto y reflexivo. La madre de Alberto le había elegido para servir de Mentor á su hijo, y este se había entregado con tanta mas confianza en manos de su guía por la poca relación que había entre sus dos caracteres. Las afecciones de la infancia se contraen mas fácil y generalmente cuando hay contrastes: ¡el fuerte y el débil, el rico y el pobre, la franqueza y la hipocresía!

» Iban pues juntos hablando de sus ilusiones y de sus proyectos; tenían alegría y confianza, porque la bolsa de Alberto estaba rellena, y no tenían ninguno de los disgustos que inquietan al hombre. El entusiasmo de Alberto le hacia tener cada vez mas expansion y verbosidad á medida que se aproximaban á aquel país, cuna poética de las artes y las ciencias, en el que cada eco repite una gloria, y cada piedra ofrece un recuerdo del pueblo rey. Acostumbrado á los accesos frecuentes de tristeza que sufría su amigo, no atormentaba su imaginación buscando una interpretación desfavorable al silencio obstinado con que acogía sus trasportes. Su alma cándida no se hubiera atrevido á concebir ni una sospecha; los chistes que le inspiraba su alegría luchaban con lo que él llamaba la meditación del filósofo; y cuando una contracción se manifestaba en el semblante de Leon, que no había podido dominarla, lejos de ver en ella la revelación de la lucha terrible que sostiene en el umbral del primer crimen la virtud y la conciencia, se compadecía por la tristeza cuya causa no podía averiguar.

» En este estado empezaron á andar á la orilla del precipicio. Leon iba detrás. Varias veces se le pudiera haber visto empezar un movimiento que era detenido por una indecisión terrible; raras veces había apresurado el paso y apretado convulsivamente el mango del cuchillo de monte con el cual aparentaba ir jugando; por su frente corría un sudor copioso que no pensaba siquiera en limpiar; sus miradas eran siniestras; respiraba con dificultad... Por fin, lanzando un rugido salvaje, saltó sobre el desgraciado Alberto... con una mano le sujetó con un vigor sobrehumano, y con la otra dirigió una puñalada á su corazón. Alberto no tuvo tiempo ni para comprender lo que le pasaba, ni para arrojar un grito; apenas pudo tender una mano suplicante á esta *Madonna* cuya protección imploraba, y cayó sin conocimiento... »

La emoción extraordinaria que experimentó mi compañero de viaje en toda esta parte de su narración, le obligó á interrumpirse al llegar aquí. Una palidez extremada había cubierto su semblante, y su voz estaba sensiblemente alterada. Yo también estaba muy conmovido, y le miraba con inquietud; pero se tranquilizó pronto y prosiguió:

« El frenesí del asesino se había disipado repentinamente; había cesado el vértigo, y le había reemplazado esa calma exterior y exagerada que sigue siempre á una gran crisis. Se apoderó de la cartera y de la bolsa de la víctima: le despojó de las alhajas y del reloj, y cogiendo después el cadáver por los piés, le arrastró

hasta la orilla del abismo... Despues un cuerpo humano rodó por la nieve y se detuvo en el ángulo de una peña que se hallaba á mucha profundidad en la orilla del torrente.

» Leon echó entónces con el pié un poco de nieve sobre el charco de sangre que habia en el suelo; además, como estaba cayendo nieve con abundancia, dejó á Dios el cuidado de hacer desaparecer el rastro de su crimen... ¡y siguió tranquilamente su camino!

» Pero no estaba aun bastante inveterada en él la idea del crimen para poder resistir á un sacudimiento tan fuerte. Pronto se esparció por todos sus miembros; su fuerza física le abandonó: sintió vacilar sus piernas, y se vió obligado á pedir en uno de los *refugios* que hay en el camino un poco de licor que le restituyese las fuerzas.

» No debia esperar mucho tiempo el premio de su delito. Habia contado con la soledad y el silencio para li-

brarse de la justicia de los hombres; pero se habia olvidado de que el dedo de Dios sabe señalar al culpable. La sangre habia vuelto á aparecer sobre la nieve que se habia derretido en ella; el cuerpo de Alberto habia sido hallado por algunos viajeros enviados sin duda por la Providencia. Leon fué preso, y un mes despues estaba expuesto su cadáver en un cadalso. ¡Murió sin confesar lo mas mínimo... sin dar la menor señal de arrepentimiento!... ¡Ojalá que su alma haya hallado el perdon ante la misericordia divina!...

» Cuando me arrodillé delante de la *Madonna* fué para pedirle que vele sobre mí, y que me libre de cualquiera desgracia en mis viajes, para pedirle que sea mi protectora... ¡Era en fin un tributo de fe y de gratitud!...

Se calló, y anduvimos largo rato silenciosos, porque me habia hecho participar, por el acento de verdad que habia en sus palabras, todas las impresiones que pare-

cia él haber experimentado. Pero cuando se serenó su semblante, y me repuse yo tambien de mi turbacion momentánea, le dije:

— Su historia de Vd. es muy interesante y muy triste. Pero ahora que me ha hecho Vd. sentir todas sus emociones, no se negará Vd. á añadir como epilogo la confesion de una supercheria amable que le agradezco á Vd. tanto mas, cuanto que ha venido á añadir los grandes efectos de un drama sangriento á las bellezas sublimes de la naturaleza que nos rodea. Para dar á esa narracion todo el colorido de la verdad, la ha adornado Vd. con pormenores circunstanciados y minuciosos; debo observarle á Vd. que esos pormenores no puede saberlos nadie, porque me ha dicho Vd. que el crimen no tuvo testigos, que el asesino nada confesó, y no creo que despues de muerto haya dicho Alberto...

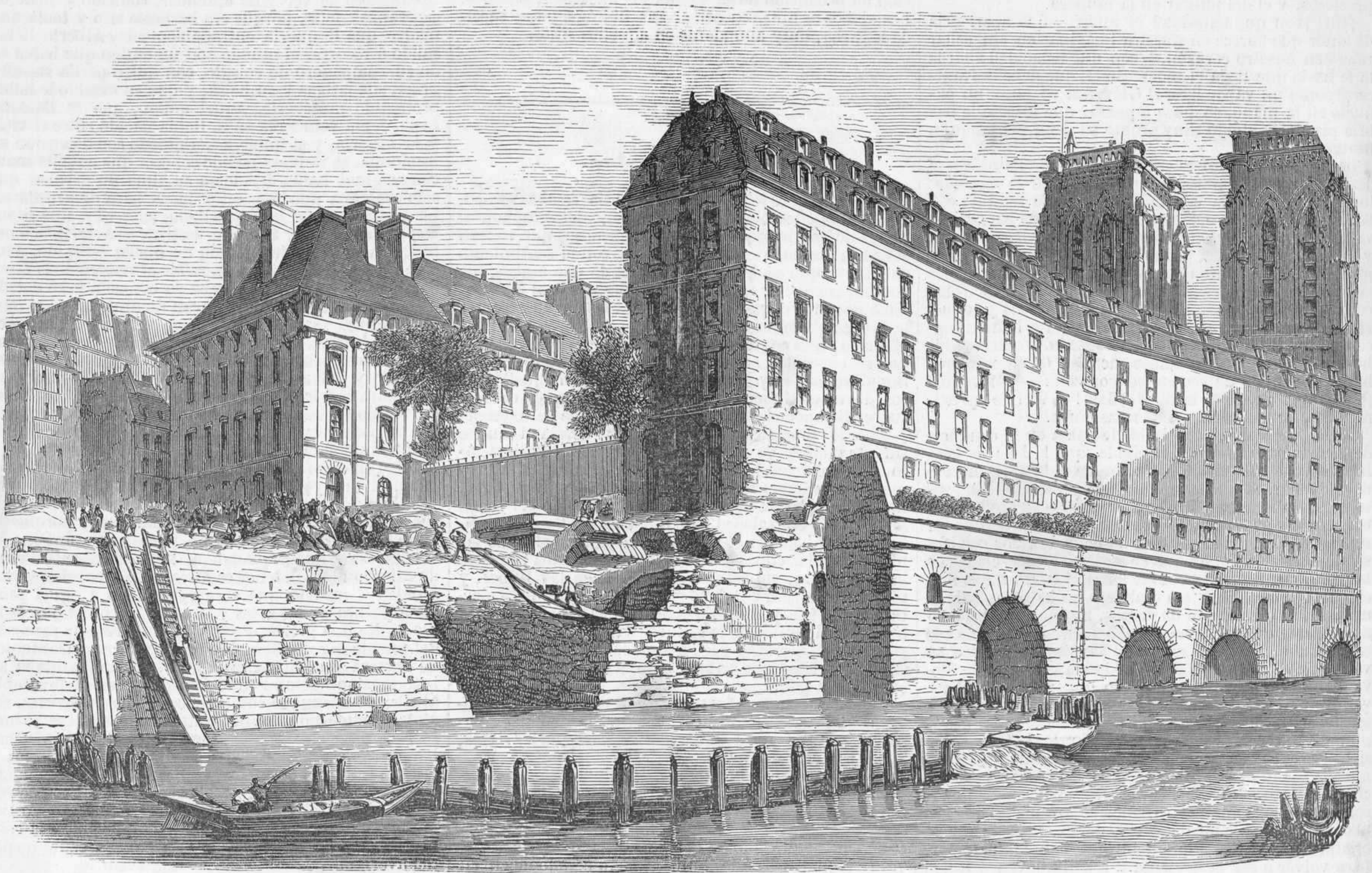
— ¿Alberto?... me interrumpió él con una sonrisa cuya expresion no olvidaré nunca... ¡Alberto soy yo!

El puentecito del Hôtel-Dieu (un hospital) en Paris.

El puentecito que se acaba de demoler para hacer una construccion que no embarace la navegacion del brazo meridional del Sena era en el origen de Paris la única comunicacion que juntaba á Lutecia, comprendida entónces en la isla de la Cité, con la orilla izquierda del rio. Este puente, defendido al Mediodía por un

fuerte que se llamó mas tarde *le Petit-Châtelet*, era de madera, como lo dice el emperador Juliano, *pontes sublicii ad eam utriusque ferunt*, y despues Gregorio de Tours. Aun era de madera cuando los normandos pusieron sitio á Paris en 885. Mas tarde fué hecho de piedra. En 1296, segun un registro de San Germain-des-Prés, inti-

tulado *Rotulum*, el rio Sena vino tan crecido, que los dos puentes de piedra de Paris cayeron, y con ellos los molinos y las casas que estaban encima, y el *Petit-Châtelet*. Este puente fué reedificado, segun el sistema de la época, con arcos ogivales. La actual demolicion ha descubierto dos, que habian sido invadidos por la calle



de la Cité y por la construccion de la gran azotea que sirve hoy de paseo á los enfermos del Hôtel-Dieu. Estos dos arcos antiguos daban originariamente paso á las aguas del Sena, despues de su introduccion en una galeria que existe todavia detrás de la terraza que ocupa la parte meridional del hospital. Necesitando reparaciones el puente en el siglo XVII, se restauró tal como estaba hasta hoy. Entre dos sillares se ha hallado una inscripcion grabada en cobre, que da testimonio de la composicion.

Los andamios construidos para la demolicion del puente han permitido ver que los machones eran los mismos que se construyeron en la edad media, despues de la inundacion del 20 de diciembre de 1296; lo mismo sucedia con la muralla meridional, que servia de base al *Petit-Châtelet*; este edificio, cuyo origen hacen remontar los historiadores hasta César, destruido en parte en el sitio de Paris por los normandos, no vuelve á parecer hasta Felipe Augusto, en la convencion que hizo con el obispo de Paris y el cabildo de la catedral,

relativa á la indemnizacion que les concedió por el recinto del *Châtelet* del puentecito. Derribado por la inundacion de 1296, fué reedificado por Carlos V. Los trabajos que se ejecutan para construir un nuevo puente han permitido hacer en el sitio que ocupó este castillo hasta fines del siglo último, una excavacion que ha descubierto todas las substruccion de las torres, las galerias y escaleras que las ponian en comunicacion.

A. L.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 » »
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 15 »	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.	\$ 16 » »
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 12 50 macq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.....	\$ 12 75 »	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 » »	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.